

"MICROMUERTE"

burton hare

CIENCIA FICCION



"MICROMUERTE"

burton hare

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

336. — Expedición al infinito. — *Glenn Parrish*.

337. — El reparto. — *Marcus Sidereo*.

338. — Guerra galáctica. — *A. Torkent*.

339. — Atacados en el espacio. — *Alf Regaldie*.

340. — Ciudad Omega. — *Curtis Garland*.

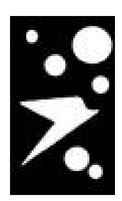
BURTON HARE

"MICROMUERTE"

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 341

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 52.310- 1976

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: febrero, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

PROLOGO Hace alrededor de dos billones de años, cuando infinitas Galaxias se cruzaban en un espacio en ebullición, cuando nuevos mundos nacían y morían por efecto del continuo cataclismo cósmico que sacudía todo el universo, ya existían dos razas de seres vivientes, inteligentes y antiguas.

Las fuerzas ciegas del fuego del universo habían pulverizado miríadas de mundos. El holocausto infinito había barrido todo asomo de orden cósmico y recién entonces comenzaba a aplacarse la furia ciega de la destrucción.

Ya no se contaban las vidas desaparecidas en la hecatombe, quizá porque no existe un número que llegue al infinito. En todo caso, hubieran podido contarse los mundos pulverizados y esparcidos por el vacío absoluto de la nada, pero para contarlos hubiese sido preciso que quedase alguien vivo. Y sólo quedaban escasos seres de esas dos razas inteligentes que se debatían en problemas más acuciantes y vitales que en hacer inventario del resultado de ese cataclismo cósmico.

Ninguna de esas razas dependía de la formación natural de los mundos que entonces habitaban. Su ciencia les había permitido huir de uno a otro de aquellos rebullentes infiernos, siempre buscando la supervivencia. Habían necesitado de un inmenso poder de adaptación, recurriendo a todos sus conocimientos para controlar el medio en el cual se establecían una vez tras otra, pero al fin parecía que sus tenaces esfuerzos alcanzaban el éxito, puesto que cada una de las razas se afincaban en ese mundo nuevo y extraño justo cuando el universo, cansado de sus siglos y siglos de destrucción, se tomaba un respiro, aplacándose, dejando que cada partícula de las Galaxias pulverizadas se solidificara y tomara un rumbo determinado en busca de su propia ruta definitiva.

Ellos no sabían cuál era ese nuevo mundo al que estaban habituándose, adaptando sus constantes vitales a sus condiciones de calor, humedad, ambiente, aire y frío. En consecuencia le dieron el nombre de su planeta primitivo, aquel en el cual sus antepasados desarrollaron su fabulosa capacidad de inteligencia:

ALDEBOR.

Hubo no pocas controversias con ese nombre, porque la segunda raza, menos inteligente, pero más astuta y adaptable, creían que el nombre de su primer habitáculo era Tellus, y en consecuencia ellos decidieron llamarse tellusinos, y aldeboranos a sus congéneres.

Durante mil años sus rencillas se suavizaron. Su tecnología alcanzó un grado de perfección tal que su rojizo mundo se les antojó demasiado pequeño para sus capacidades y comenzaron a acariciar la idea de nuevas conquistas. El Cosmos se había ya estabilizado, formándose incontables sistemas ordenados en los que proliferaban los mundos vírgenes.

Los aldeboranos trazaban sus proyectos con el ánimo abierto, aceptando incluso que en algunos de los nuevos mundos que pensaban conquistar hubiera otros seres vivientes, a los que imbuir su ciencia y sus conocimientos.

Ese era el obstáculo que retrasaba la puesta en marcha del magno proyecto espacial, porque los tellusinos sustentaban el convencimiento de que ellos, y nadie más que ellos, eran los señores del universo, y si había otras razas en otros mundos debían ser sometidas a sangre y fuego, como ellos mismos estuvieron a puntó de serlo durante la hecatombe cósmica.

Se sucedieron las generaciones y al fin, definitivamente, el universo quedó establecido por unas leyes que parecían inmutables.

Y entonces, como un castigo, como si para ellos, que habían sobrevivido al fin de millones de planetas y mundos más poderosos, que habían sometido las condiciones de ese en el cual habitaban, se vieron de nuevo abocados a la extinción.

El mundo de fuego ígneo que ellos bautizaran con el nombre de Tregon; aquella masa inmensa de llamas que esparcía la vida con su calor a toda la Galaxia, de pronto pareció estallar y su calor aumentó ferozmente. Un calor infernal que si en un principio significaba la vida ahora podía ser la muerte.

Todo signo de humedad de Aldebor comenzó a vaporizarse, y sin agua, sin humedad, ninguna de las dos razas era capaz de sobrevivir, porque el agua era su vida, formaba parte de sus cuerpos, era propiamente su elemento.

Los mares se secaron, y aldeboranos y tellusinos murieron a millones. Las corrientes de agua se estrecharon, y la tierra, allí donde el agua se retiraba, quedaba agrietada primero, para descomponerse después en una masa de polvo volátil en el que ningún sistema de vida

era capaz de arraigar.

Con ferocidad implacable, los tellusinos desempolvaron sus proyectos de invasión de otros mundos. Quemando etapas, improvisando sobre la marcha para superar los ingentes problemas, prepararon la expedición que habría de llevar a los supervivientes de esa nueva catástrofe al mundo deseado.

Los aldeboranos preparaban también su marcha de ese mundo que moría día a día, sólo que ellos, más inteligentes, sabían que esa empresa era ya prácticamente imposible.

Sólo el *argúón* podía proporcionarles la fuerza suficiente para tal quimera, y el *argúón* ya apenas existía debido a la vaporización de sus recursos líquidos.

Los mejores cerebros de los aldeboranos se concentraron en el problema. En realidad eran los mejores cerebros del Cosmos, seleccionados durante miles de años, a través de generaciones, para regir los destinos de toda la raza.

Y sus conclusiones fueron terribles.

No tenían salvación. Sus naves, sin el precioso *argúón*, jamás podrían transportarles lejos de ese mundo ya que estaba casi muerto, casi extinto.

Había que hallar otro sistema para sobrevivir, si no en ese presente inmediato, en un futuro en el que quizá el Cosmos volvería a cambiar su estructura...

Y entretanto, millones y millones de aldeboranos y tellusinos morían día a día, y sus cuerpos eran absorbidos por el polvo reseco que se extendía más y más, cubriéndolo todo, valles y ríos, lo que otrora fueran mares... Las propias ciudades estaban amenazadas por aquel manto rojizo que un día las enterraría.

Y entretanto, Tregon seguía aumentando su calor, irradiando fuego cual si quisiera extender sus llamas por todo el universo.

Pocos seres de ambas razas quedaban ya, como tampoco quedaba agua en todo el planeta. Y los maravillosos cerebros de los aldeboranos continuaban buscando un medio de sobrevivir, de conservar para un futuro lejano y problemático la vida suficiente con que empezar de nuevo otro ciclo de su existencia.

Ni siquiera se distrajeron de sus profundos estudios cuando los tellusinos se lanzaron al espacio. Por supuesto, los cerebros sabían que

en aquellas naves iban hacia la muerte, como no ignoraban que los tellusinos que quedaron sin plaza en el vuelo estaban también condenados a la extinción.

Fue un día caliente y rojizo aquel en que las inmensas naves alzaron el vuelo majestuosamente, en silencio, rumbo a la noche sin fin del espacio infinito, dejando atrás millares de vociferantes y enloquecidos tellusinos que no tenían más alternativa que el fin.

Jamás se supo de las naves, aunque los cerebros no dudaron que antes de alcanzar ningún objetivo quedarían vagando en el universo para siempre, hasta el fin de los tiempos si algún día llegaba ese fin.

Aun soportando la vida unos años más, mientras unos y otros se extinguían rápidamente.

Hasta que al fin, el último recurso, el único recurso, fue hallado.

Puesto que el agua les condenaba a muerte, porque sin ella sus cuerpos eran incapaces de sobrevivir, era preciso eliminar de ellos mismos toda célula, toda molécula ansiosa de agua," dejando sólo una minúscula parte del ser tan sedimentada y seca como el mismo polvo, pero en tales condiciones que si algún día, el Cosmos infinito sufría otra transmutación, otra hecatombe, y una sola gota de agua aparecía en el polvo, fuera inmediatamente absorbida por esas moléculas cristalizadas devolviéndoles así la vida primero, y la inteligencia después.

Rápidamente se organizó el proceso de selección. Los aldeboranos, con sus maravillosos cerebros, creían haber alcanzado la solución final para sus males. Y en realidad, dentro de las escasas posibilidades de que disponían, la habían logrado.

Sólo cometieron un error.

Tratar de que algunos de los tellusinos sobrevivientes pudieran gozar también de esa nueva y última esperanza, porque esos seres astutos, sedientos de fuerza y de poder, simplemente se apoderaron del proceso para su único y exclusivo beneficio.

Entonces su mundo se extinguió definitivamente.

Y transcurrieron siglos y siglos de desolación.

Aldebor había muerto.

CAPITULO PRIMERO

Kin Lorraine detuvo su coche bajo el cobertizo que había delante del garaje, apagó el motor y se recostó contra el respaldo. Cerró un instante los ojos. Estaba agotado y suspiró.

Encendió un cigarrillo dejando transcurrir los minutos sentado en el auto, oyendo el chirrido de un grillo en alguna parte y el susurro del quieto aire nocturno entre el follaje.

No se sintió con fuerzas siquiera para meter el coche en el garaje. Lo dejó donde estaba y caminó hacia la puerta de la cocina. No deseaba despertar a Myrna, si es que ella se encontraba aún en la casa.

Entró y dio un vistazo al fregadero. Estaba limpio y reluciente y había una cafetera preparada para hacer el café tal como a él le gustaba.

Sonrió casi sin darse cuenta. Desde luego, Myrna estaba en casa.

Encendió la cocina y puso la cafetera sobre la llama.

Tras él se abrió la puerta y al volverse sus ojos vagaron por encima de la espléndida figura de la muchacha.

—Si eso ha de seguir así —dijo—, podrías trasladarte a vivir aquí y te ahorrarías el alquiler de tu apartamento.

—Decidí quedarme cuando vi por la televisión que la cosa iba a prolongarse durante dos días como mínimo. Supuse que regresarías agotado.

—Estoy muerto.

Ella rió.

—En cualquier caso, yo amo a ese muerto… Y déjame decirte que eres el muerto más atractivo que he conocido.

Abrió los brazos y él se refugió en ellos, enlazándola por la breve cintura.

Sus bocas se encontraron anhelantes y durante un tiempo aquel

beso fue el único motivo de su vivir.

El café rompió el encanto de ese encuentro nocturno.

Kin Lorraine lo saboreó derrumbado sobre el diván del lujoso salón central del *bungalow*. Frente a él, Myrna susurró:

—Bueno, cuéntame.

—Hubo problemas para el aterrizaje. Uno de los motores del «retro» tuvo algunos fallos, pero al fin logramos posarlo sobre la superficie sin novedad.

—Un aterrizaje que duró dos días por lo que veo.

El asintió.

—Todos andábamos como locos. Ahora, les toca a los cabezas cuadradas romperse los cascos. Dicen que empezarán los experimentos a partir de mañana al mediodía.

Ella fue a sentarse a su lado. Era una mujer alta, de figura estilizada, largas piernas de delicioso trazado, finas caderas y unos senos que amenazaban descomponer las líneas suaves de su cuerpo con su pronunciada agresividad.

Apenas cubierta por un salto de cama tan transparente como un jirón de niebla, resultaba una imagen vivificante, llena de vida y sensualidad, y que, no obstante, con su infinito tacto, podía ser también en esa noche un remanso de paz.

—Kin…

—Dime, ángel.

—¿Tú crees que encontrarán vida en Marte?

—Nadie lo sabe. Pero si te refieres a una vida desarrollada, inteligente tal como nosotros la entendemos, desde luego, no. Eso es incuestionable.

—Entonces, todas esas cábalas…

—Tonterías, sensacionalismo puro.

—Casi estoy decepcionada. Es terrible saberse solos en el universo.

—¿Quién demonios dice que estamos solos? Existen millones de mundos como el nuestro en el espacio infinito. Millones de soles tanto

o más poderosos que el nuestro... En todos ellos puede haberse desarrollado uña vida semejante a la nuestra, e incluso muy superior.

—Te creo. Ahora termina el café y vamos a acostarnos. Debes estar rendido.

—Temo que no seré un compañero divertido esta noche.

—Habrán otras noches como las que ya hubo. No te esperé para hacer el amor contigo, sino para confortarte, si es que puedes comprenderlo.

—Lo comprendo. Y lo temo al mismo tiempo. Estoy acostumbrándome demasiado a ti, y eso es malo.

—¿Por qué malo?

—Porque es el primer paso para el consabido juez de paz.

Ella se echó a reír y tiró de él obligándole a levantarse. Enlazados por la cintura se dirigieron al dormitorio.

Kin Lorraine quedó profundamente dormido tan pronto su cabeza tocó la almohada.

De pie al lado de la cama, Myrna le contempló unos instantes. Amaba a ese hombre y no cabía darle vueltas. A su lado podía alcanzar las mismísimas cimas de la vida y del amor, el éxtasis absoluto cuyo vértice parecía rozar la absoluta entrega de la muerte.

Sonrió para sí. El respiraba acompasadamente y su poderoso torso subía y bajaba suave y rítmicamente. La muchacha pensó que pocas veces dos seres humanos podían lograr una tal compenetración como ellos habían conseguido.

Se despojó del salto de cama. Su increíblemente bello cuerpo resplandeció a la tamizada luz de la luna. Luego, despacio, para no alterar el sueño del hombre, se deslizó entre las sábanas y apretándose contra Lorraine se quedó dulcemente dormida.

* * *

El profesor Burgess se quedó mirando el diminuto bulbo rojo que parpadeaba en su complicado panel de instrucciones. De momento, aquello era un misterio y el profesor le daba vueltas en su metódico cerebro en busca de una explicación lógica.

Sobre el panel, dos pantallas de televisión en color mostraban las

imágenes de Marte que facilitaban las cámaras del módulo de exploración posado en la superficie del planeta rojo.

Al fin, Burgess pulsó un botón y casi al instante se abrió una puerta de acero y una mujer entró en el laboratorio.

Sin preámbulos, el profesor gruñó:

—Examine usted eso, doctora…

Ella miró el bulbo rojo, tomó las hojas de papel repletas de anotaciones y unos gráficos producidos por la analizadora automática que actuaba bajo los impulsos recibidos del laboratorio automático posado en Marte.

—¿Qué le parece, Cris?

Ella aún tardó un poco en responder.

Luego dijo:

—No cabe ninguna duda que el laboratorio ha captado radiactividad orgánica.

—Eso mismo creo yo, pero he querido su opinión antes de aceptar ese lecho.

Los dos científicos quedaron mirándose unos instantes.

Los dos estaban perplejos, porque el hecho que los laboratorios automáticos certificaban podía provocar una auténtica conmoción en todo el mundo.

Cris Taylor era una mujer de unos treinta años, exquisitamente bella. Quizá su hermoso rostro tuviera una expresión demasiado hierática, como lejana; sin embargo, tras esa expresión se ocultaba una aguda inteligencia que había contribuido en gran parte al éxito de ese experimento que estaba llevándose a cabo en el lejano planeta tenido por dios de la guerra durante siglos.

—Será necesario verificar todos los análisis —dijo, parpadeando.

—Claro. Ocúpese de informar al laboratorio y que todo el mundo se aplique en este dato antes que en nada más.

—Supongo que no ignora que se producirá una verdadera conmoción, profesor.

—En todo caso, eso será cuando se haga público ese

descubrimiento. Si es que llega a trascender fuera de aquí.

Ella asintió y llevándose toda la documentación abandonó el reino del director general de la operación.

El laboratorio central era un vasto complejo en el que trabajaban decenas de cerebros privilegiados. Reinaba una actividad febril cotejando el raudal de información que llegaba sin cesar desde el laboratorio automático asentado en Marte.

En unos minutos, la voz corrió por todo el centro.

HABÍA VIDA EN MARTE.

No sabían aún qué clase de vida, pero incluso así, era mucho más de lo que habían esperado.

La doctora Cris Taylor trabajó intensamente el resto del día. Sometió los resultados obtenidos a un sinfín de diversas pruebas y comprobaciones ante la expectación de todos los demás científicos involucrados en el magno proyecto...

Cuando fuera del inmenso complejo científico-espacial se cernía el crepúsculo, el veredicto incuestionable quedó establecido:

Los infinitamente sensibles instrumentos del laboratorio posado en Marte habían captado, al analizar el polvo marciano, una viva radiactividad orgánica.

A esa hora incierta del anochecer, un teléfono especial del centro hizo una llamada. El profesor Burgess dijo por el auricular:

—¿Mayor O'Hara? Habla Burgess.

—¿Qué tal, profesor? Estamos recibiendo excelentes imágenes de nuestro módulo.

—Recibimos algo más que eso, mayor. ¿En qué situación se encuentra el Módulo número Dos?

—En órbita alrededor de Marte.

—¿Altura?

—Unas cincuenta mil millas.

—¿Quién es el responsable de este segundo aterrizaje?

—El coronel Lorraine, profesor.

—Lorraine, ¿eh?

—¿Qué pasa con él?

—Mándemelo aquí, por favor.

—Bien, le buscaré. Está libre hasta mañana, pero haré que se reúna con usted esta misma noche. ¿Puede decirme qué ocurre, profesor?

—Ni yo mismo estoy absolutamente seguro aún, pero deseo consultar con Lorraine los pormenores de ese segundo aterrizaje.

—De acuerdo.

Colgó y se echó atrás en su asiento. El hecho de que el responsable de la operación fuera Lorraine le fastidiaba en gran manera, pero no podía permitir que sus sentimientos personales interfirieran la operación.

Encendió un cigarrillo y esperó.

Entretanto, del espacio continuaban llegando más y más datos. Análisis del polvo marciano, densidad de las rocas, cualidad compacta del suelo y grado de humedad, que era cero absoluto.

La mente del profesor era un auténtico caos.

CAPITULO II

Lorraine miró las pantallas donde los ojos automáticos del Módulo número Uno enviaban paisajes, de una tremenda desolación.

—Está portándose bien, ¿eh? —comentó, encendiendo un cigarrillo.

Burgess le miró de reojo.

—Hicieron ustedes un buen trabajo, Lorraine.

—No fue fácil. El «retro» tuvo algunos fallos en el último minuto. ¿Por qué me ha hecho venir aquí, profesor?

Los ojos de Burgess, tras sus gruesas gafas, centellearon.

—¡No le llamé por el placer de verle, Lorraine, ya sabe usted cuáles son mis sentimientos respecto a usted.

—¿Y...?

—Tengo entendido que el Módulo numero Dos esta ya en órbita en torno a Marte...

—Y sin un fallo hasta ahora. Lo mantenemos a unas cincuenta mil millas sobre la superficie del planeta.

—¿Cuándo está previsto el aterrizaje?

—Dentro de cinco días, cuando el número Uno haya finalizado su primera fase de experimentación.

Burgess rumió sus siguientes palabras. No" se fiaba de Lorraine.

—Dígame, coronel... ¿Qué posibilidades hay de hacerlo descender al lado del número Uno?

Lorraine pegó un salto.

—¿De qué diablos está hablando? El lugar fijado de antemano es la Llanura Muerta, a más de quinientas millas de donde está ahora el número Uno.

—Responda a mi pregunta, por favor, Lorraine.

—No hay ninguna posibilidad.

—¿Por qué?

—Porque nos arrancarían la cabeza. Sería como tirar por la ventana cinco mil millones de dólares al repetir la operación.

—Explíqueme eso.

—Como si no lo supiera usted, Burgess. Cada nave y el correspondiente vuelo, más la operación de posar el módulo en la superficie de Marte, cuesta alrededor de cinco mil millones de dólares. Diez mil millones las dos operaciones programadas. Muy bien, la primera está resultando un éxito, el país está entusiasmado y el gobierno también. Cuando se realice el segundo aterrizaje con el segundo Módulo, la cosa será más espectacular todavía, por cuanto éste tiene que regresar trayendo muestras...

—Siga.

—¡Maldita sea, Burgess! ¿Quién va a aceptar un costo de cinco mil millones para traer a nuestras manos unas muestras que ya han sido analizadas y estudiadas por el Módulo número Uno? Sería algo perfectamente inútil. ¿Compraría usted un paquete de cigarrillos vacío? Pues eso sería lo que el contribuyente pensaría que hacemos. Las muestras que traiga el número Dos deben proceder de otro lugar distante del primero, Completamente distinto en su configuración.

—Supongamos que yo insisto en que esas muestras deben proceder de la misma área que está analizando el número Uno...

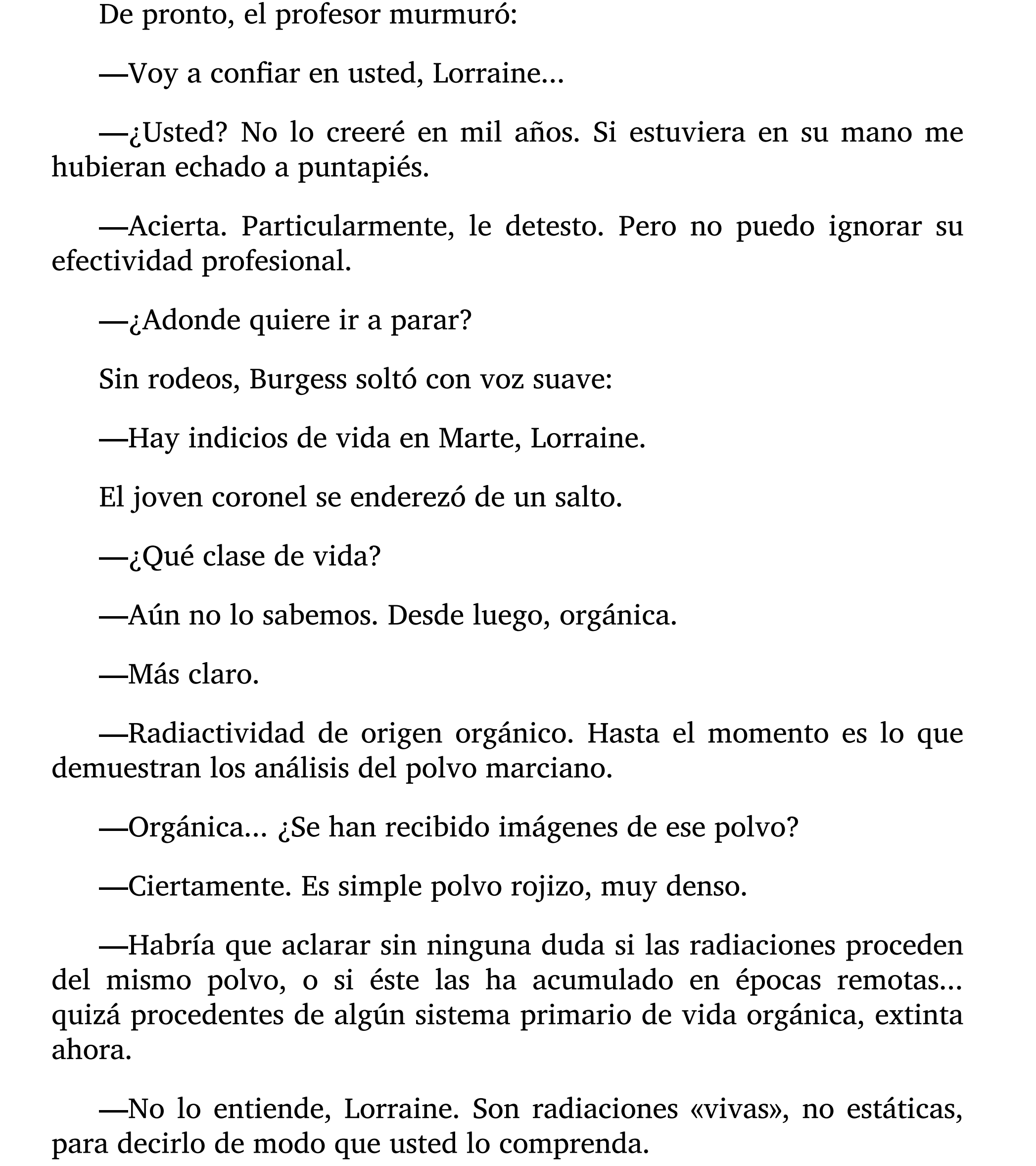
—Olvídelo. Nadie lo aceptaría.

—Usted no, por supuesto. Pero no estoy seguro de que sus razones fueran estrictamente científicas.

Kin Lorraine soltó un gruñido.

—Mis sentimientos personales hacia usted, Burgess, no tienen nada que ver con mi trabajo. Le respeto porque nadie en su sano juicio puede poner en duda su genio y su capacidad, pero hacer lo que insinúa es una locura. Nos echarían a puntapiés de este proyecto.

Burgess se echó atrás en su butaca. Estaban en un ángulo de su sala de control. Se oían a tono bajo las conversaciones del resto de científicos ocupados en el trabajo de recibir y clasificar los continuos datos que llegaban del módulo, y de vez en cuando los sonidos eran alterados por el suave zumbido de la transmisión.



De pronto, el profesor murmuró:

—Voy a confiar en usted, Lorraine...

—¿Usted? No lo creeré en mil años. Si estuviera en su mano me hubieran echado a puntapiés.

—Acierta. Particularmente, le detesto. Pero no puedo ignorar su efectividad profesional.

—¿Adonde quiere ir a parar?

Sin rodeos, Burgess soltó con voz suave:

—Hay indicios de vida en Marte, Lorraine.

El joven coronel se enderezó de un salto.

—¿Qué clase de vida?

—Aún no lo sabemos. Desde luego, orgánica.

—Más claro.

—Radiactividad de origen orgánico. Hasta el momento es lo que demuestran los análisis del polvo marciano.

—Orgánica... ¿Se han recibido imágenes de ese polvo?

—Ciertamente. Es simple polvo rojizo, muy denso.

—Habría que aclarar sin ninguna duda si las radiaciones proceden del mismo polvo, o si éste las ha acumulado en épocas remotas... quizá procedentes de algún sistema primario de vida orgánica, extinta ahora.

—No lo entiende, Lorraine. Son radiaciones «vivas», no estáticas, para decirlo de modo que usted lo comprenda.

Lorraine se levantó y dio unos pasos de un lado a otro. Se quedó mirando unos instantes las pantallas de televisión.

Mostraban ahora un paisaje rocoso, con profundas sombras rojizas. El viento marciano levantaba una ligera capa de polvo del mismo color que flotaba pesadamente antes de posarse de nuevo en la superficie.

—Imaginar que existe algún tipo de vida en ese infierno, profesor, se me antoja un cuento de ciencia ficción...

—Los análisis no mienten, Lorraine.

—Tal vez no. Pero sigo insistiendo en que yo no me jugaré la cabeza proponiendo al Consejo llevar el Módulo número Dos al mismo lugar que el número Uno.

—¡Pero es preciso que tengamos muestras de ese polvo, Lorraine!

—El número Dos traerá polvo y rocas cuando regrese.

—Pero de un lugar sin ninguna garantía. En cambio, sabemos que alrededor del número Uno hay vida... ¡Condenación! Es una oportunidad como jamás ha tenido otra la Humanidad y usted lo sabe.

—No cuente conmigo. Tengo órdenes, profesor, y esas órdenes son llevar el número Dos a la Llanura Muerta y posarlo allí sin incidentes, a fin de que pueda despegar y regresar a la Tierra repleto de muestras.

—No quiero saber nada de sus instrucciones, sólo quiero una respuesta a una simple pregunta, Lorraine. ¿Partiendo de la posición en que se halla actualmente, es posible llevar el número Dos junto al Uno?

—Claro que es posible.

—Eso es todo, Lorraine.

—Escuche, profesor...

—No tengo nada más que discutir con usted, coronel. Buenas noches, y gracias por su colaboración.

—¡Qué colaboración ni qué infiernos! Estoy realizando un trabajo, pero no lo hago para usted. Además...

—Dije que habíamos terminado. Buenas noches.

Lorraine maldijo entre dientes. Estaba ya junto a la puerta de acero cuando se detuvo y volviéndose miró fijamente el cansado rostro del científico.

—Burgess —dijo de mal talante—, odiarme a mí no le ayudará en su trabajo. Y tampoco conseguirá que Myrna cambie de sentimientos.

—¡Fuera de aquí!

Lorraine salió sumamente preocupado.

Cuando al día siguiente se incorporó a su puesto, halló nuevas y

tajantes instrucciones, refrendadas incluso por el presidente:

Llevar el Módulo número Dos a una distancia máxima de quinientos metros del número Uno.

Su iracundo juramento casi se oyó en el mismísimo planeta Marte…

CAPITULO III

Los meses siguientes apenas aportaron otras novedades a excepción de las noticias sobre el vuelo de regreso del Módulo número Dos, cargado con las muestras de rocas y polvo marciano que había recogido a escasos cien metros del número Uno.

Ahora todo era pura rutina y Lorraine podía desentenderse a menudo de sus obligaciones.

No había vuelto a hablar con el profesor Burgess, cosa que no lamentaba en absoluto.

Sin embargo, el nombre de Burgess aparecía frecuentemente en los periódicos y noticiarios de televisión. Era acechado sin tregua por los periodistas y gozaba fama de inasequible. Detestaba tanto la publicidad como podía detestar a Lorraine, que no era poco.

De algún modo, se había filtrado el rumor de que los Módulos marcianos habían captado inequívocos signos de vida en el planeta rojo, y eso había aumentado la expectación por esa aventura espacial que abría insospechadas posibilidades a la ciencia y al genio del hombre.

—¿Crees realmente que puede tratarse de vida inteligente?

La pregunta de Myrna hizo sonreír a Lorraine.

Estaban tumbados en el césped, bajo la sombra, de los árboles que rodeaban el *bungalow*. Sus cuerpos bronceados conservaban aún gotas de agua de su reciente baño en la piscina.

—Angel, si lo que tu desesperado enamorado cree haber descubierto fuera vida inteligente, yo me bebería el agua de la piscina sin dejar una gota. La inteligencia necesita un receptáculo, un cerebro, y ese cerebro una caja craneana de alguna clase más o menos sólida para protegerlo. Eso, tal como nos llegan las imágenes de Marte, lo hubiéramos visto en caso de existir, porque en los primerísimos planos ampliados se distinguen incluso los granos de arena, casi las moléculas de polvo.

—Entonces, ¿qué es lo que Burgess cree haber descubierto?

—El lo llama radiactividad orgánica «viva», o sea procedente de seres vivos. Sólo que no los hay allí como se ha demostrado con las imágenes recibidas. No hay nada, sólo desolación, rocas y polvo. Ni siquiera la larva de un gusano microscópico habría escapado a los potentes medios de que dispone el Módulo para sus análisis.

—Es algo que produce escalofríos... porque todos sabemos que Burgess es, quizá, el mejor científico de cuantos han trabajado nunca para la Agencia Espacial.

—Es humano, de modo que puede equivocarse como cualquier otro. Sin embargo, no cabe duda que hay algo allá arriba que han detectado los laboratorios automáticos, algo que ha activado las células radiactivas. Quizá existan vestigios de algún yacimiento de materia nuclear procedente de la era en que el planeta se formó... Lo extraño es la insistencia de Burgess en afirmar que esa radiactividad es «orgánica»,

Myrna giró hacia Lorraine, apoyándose sobre un codo. Su bellísima cara quedó suspendida sobre la de él y sonrió.

—Apuesto que en estos momentos, esos condenados chismes del Módulo captarían tanta radiactividad «viva» aquí, que saltarían en pedazos. Quiero que me beses, Kin.

—Justamente es lo que estaba pensando hacer, ángel.

Ella bajó la cabeza poco a poco mientras los brazos de Lorraine la rodeaban con fuerza estrechándola contra su pecho.

Estaban sumidos por completo en el placer de su entrega mutua, como si cada uno quisiera absorber en la boca del otro las esencias de la vida, cuando el lejano timbre del teléfono escandalizó rompiendo el encanto.

Ella se apartó a regañadientes.

—Apuesto que te llaman tus marcianos —murmuró, tendiéndose otra vez sobre el césped mientras él se levantaba de un salto.

—¡Les invitaré a comer! —gritó, corriendo hacia la casa.

Cuando regresó ya no había en su rostro ceñudo el menor asomo de humor.

—He de irme —anunció precipitadamente—. Han surgido dificultades en el vuelo del Módulo.

Ella no replicó. Conocía perfectamente las obligaciones de Lorraine y su absoluta entrega a ese proyecto que había formado parte de su propia vida.

De modo que se levantó, miró con nostalgia la piscina estallante de sol y se dirigió también a la casa.

El terminaba de vestirse cuando Myrna entró en el dormitorio. Sobre su cuerpo, el diminuto «dos piezas» parecía tener por único fin poner más de manifiesto su increíble belleza.

—No sé cuándo volveré —dijo, apresurado—. Si te aburres vete al cine. Q para variar podrías largarte a tu apartamento alguna vez. Así yo podría traer aquí a mis amantes.

—No hablas en serio.

Riendo, Lorraine la abrazó para besarla antes de irse.

Luego, cuando ya corría hacia el coche, gritó:

—¡A propósito, ángel! ¿Quieres casarte conmigo?

Myrna se quedó con la boca abierta. No acertó a replicar hasta que el coche ya rugía alejándose como un rayo, y para entonces era demasiado tarde.

Volvió a la casa poco a poco. Aquellas palabras de Lorraine zumbaban una y otra vez en sus oídos.

Después de todo, ¿por qué no?

* * *

La batería de cámaras en color, los inmensos tableros de mandos, controles e indicadores bullían de actividad cuando Kin Lorraine llegó precipitadamente. Se oía el suave crepitar de las computadoras verificando la ruta del Módulo, sus constantes de calor y aceleración…

Lorraine miró los gráficos que le presentaba su ayudante y gruñó:

—¿Qué diablos de estupidez es ésta, Tony?

—Estás llamando estúpido a nuestro mejor cerebro electrónico. El es quien ha dado esos datos.

—Déjame verlo de nuevo…

Se sentó ante su puesto de control. El ayudante se quedó de pie a

su lado. Mientras Lorraine repasaba los gráficos dijo:

—No cabe la menor duda. Parece como si una fuerza real y poderosa tratara de cambiar el rumbo del Módulo.

—¿Qué fuerza?

—Eso no lo sé, coronel.

—Un momento... Sólo hay una manera de que alguien trate de sacarlo de nuestro propio control... Otro laboratorio espacial.

—¿Los rusos? Sería demasiado arriesgado... Nosotros podemos seguir el rumbo del Módulo si cambia de ruta. Sabríamos adonde lo llevan...

—¿Se te ocurre alguna otra respuesta?

—Ninguna, coronel.

—Alguien ha descubierto nuestra frecuencia, la incidencia de nuestros circuitos de mando y trata de interferirlos para llevarse el Módulo... Un momento, Tony, eso tampoco es posible.

—¿Por qué razón?

—Porque captaríamos la interferencia. ¡Maldita sea! El Módulo incorpora un mecanismo que cuesta casi medio millón de dólares, destinado exclusivamente a neutralizar cualquier onda o impulso electrónico que no sea el nuestro. Hay que pensar en eso, Tony... y verificar una vez más los resultados de las computadoras.

—Me ocuparé de eso inmediatamente.

—Que te faciliten los últimos datos...

El ayudante se largó a escape. Otro oficial del control llegó muy excitado.

—¡Estamos en un apuro, Lorraine!

—¿Qué pasa?

—El Módulo se ha desviado sensiblemente.- Necesitamos instrucciones para activar los retrocohetes y devolverlo así a su rumbo.

—Somete los cálculos a la computadora y cuando tengas las coordenadas, obra en consecuencia. ¿Qué infiernos está pasando allá

arriba?

—Maldito si lo sé.

Lorraine se enfrascó en los complicados cálculos con ayuda de su cerebro electrónico, diseñado especialmente para esta misión.

Cuando su ayudante regresó con las cintas repletas de datos, Lorraine dijo, perplejo:

—¡Absurdo! El Módulo trata de variar de rumbo, pero nadie desde la Tierra está obligándole a hacerlo. No hay ninguna otra frecuencia interfiriendo la nuestra.

—Y encontramos muchas dificultades para que los mandos obedezcan, coronel. Mire esto.

Eran los resultados de las computadoras. Lorraine enarcó las cejas y se quedó mirando a su joven ayudante como si lo viera por primera vez.

—Algo está fallando —gruñó.

—No serán los osciloscopios, coronel, los hemos comprobado.

—Ya lo veo. Pero es como si una fuerza extraña a la nave luchara para controlarla… «desde dentro»

—¿Cómo dice, señor?

—Olvídalo.

Lorraine se dirigió al departamento de control del vuelo. Los dos oficiales le miraron sobresaltados.

—¿Qué diablos significa todo esto, coronel? —barbotó uno de ellos —. Cualquiera creería que el Módulo lleva a bordo un piloto medio loco… Habremos de gastar una cantidad excesiva de combustible para enderezar el rumbo…

—¡Gástenlo! Pero inmediatamente. Cuanto más tiempo esperemos más se habrá desviado.

—De acuerdo… Pero me alegro mucho de no cargar con esa responsabilidad.

Lorraine maldijo para sus adentros. Aquella responsabilidad caía por entero encima de sus hombros y él lo sabía bien.

Pensó con nostalgia en el prado de césped, en la bellísima Myrna, en sus juegos en la piscina…

—¡Lo estamos consiguiendo, coronel!

Volvió a la realidad y miró los indicadores del panel de control de vuelo. El Módulo regresaba a su rumbo normal… unos segundos tan sólo…

—¡Apaguen los motores! —ordenó al fin—. Controlen al segundo la ruta o sólo Dios sabe a dónde irá a parar ese condenado cacharro.

—Ese lenguaje no es digno de todo un jefe de vuelo, coronel —rió uno de los oficiales.

—Si se pierde el Módulo, Jefferson, se habrá acabado la jefatura para mí. No quisiera terminar mi carrera criando gallinas en una granja.

Las horas siguientes fueron las más tensas de toda la operación. Los hombres mostraban los signos inconfundibles del agotamiento. Los meses de tensión, de largas horas con los sentidos absorbidos por su enervante trabajo se dejaban notar ahora. Lorraine deseó que la misión hubiese terminado de una condenada vez…

Aún tardó casi tres meses más, y para entonces quien más quien menos se sentía ya viejo de mil anos.

Pero al fin, felizmente, el Módulo número Dos llego a la Tierra y los científicos de Burgess se aprestaron a desvelar el gran enigma…

CAPITULO IV

Lorraine despertó y se encontró mirando el rostro tostado por el sol de la hermosa Myrna.

—Creía que habías caído en el sueño eterno, querido —susurró la muchacha.

—¿Qué hora es?

—Sólo te diré que llevas durmiendo once horas ininterrumpidas.

—¡Cuernos!

Se levantó vivamente para entrar en el baño. Cuando estuvo vestido encontró el café aromático esperándole.

Ella susurró:

—¿Qué vas a hacer ahora que el trabajo ha terminado?

—Tomarme unas vacaciones. El Módulo está en «cuarentena» y las muestras que trajo bien encerradas en recipientes de plomo, esperando ser examinadas a fondo por Burgess y su equipo. ¿Tienes alguna idea especial para los próximos días?

—Ninguna.

—Bien, ya pensaremos algo.

—Llamó tu hermano Johnny por teléfono, Kin. Parecía impaciente por hablarte.

—Johnny siempre está impaciente por una cosa u otra. Se toma su trabajo demasiado en serio... Este café es excelente, ángel.

—Me esmeré en prepararlo. No quiero que cambies de idea respecto a mí.

—¿De qué estás hablando?

—Dijiste algo de casarnos, ¿recuerdas?

—Oh, eso...

—A veces me gustaría darte en la cabeza con una sartén.

—Esa es una de las razones por las que nunca me casé.

Encendió un cigarrillo y se dirigió al teléfono. Estableció comunicación con la casa de su hermano, en las colinas, y escuchó una voz femenina.

—Habla Kin, Ilona.

—¡Kin, cariño! Te vimos por la tele durante la última fase de ese vuelo maravilloso... Fue tan emocionante...

—No para mí, querida cuñada. ¿Dónde está Johnny?

—¿Dónde crees tú? En la fábrica, por supuesto. Entre su oficina y la fábrica apenas le veo. Parece muy preocupado últimamente.

—Me llamó diciendo que quería hablarme.

—Entonces le encontrarás en su despacho de la fábrica, Kin. ¿Cuándo te dejarás ver por aquí? Tengo un puñado de nuevas bellezas que presentarte, ¿sabes? Ya es hora de que sientes la cabeza... un personaje tan importante como tú...

—Tengo una espléndida belleza a mi lado ahora, querida. Se llama Myrna y es un ángel.

—¿Hablas en serio, no será una de tus escandalosas aventuras, Kin?

—Escandalosa no sé, pero hermosa tanto como quieras. La verás un día de éstos. Voy a llamar a tu marido ahora, linda.

Se despidió, refunfuñando contra la manía de su cuñada.

—Está dispuesta a casarme aunque sea a punta de pistola —dijo de mal talante mientras discaba otro número—. ¿No es gracioso?

—¿No ves como me río?

La voz de su hermano surgió después de una corta espera.

—¿Qué pasa, Johnny? Me dicen que llamaste...

—Seguro, Kin. Necesito verte. Cuanto antes mejor.

—¿Para qué? Justamente pensaba tomarme un descanso.

—Eso es más importante. ¿Cuándo puedes venir a casa? O mejor, a mi despacho de la fábrica...

—¿Se trata de algún problema de la papelera?

—En cierto modo.

—Entonces no cuentes conmigo, maldito si entiendo una palabra de esta industria.

—No bromees, Kin. Este... he recibido amenazas.

—¿Cómo?

—Me han amenazado. De muerte, Kin.

—Esto parece un cuento policíaco. ¿Sabes quién fue?

—No tengo la menor idea.

Tras un corto silencio, Kin gruñó :

—Saldré dentro de una hora, Johnny. Y no lo tomes demasiado en serio. No hay ninguna industria en este mundo que merezca que tú alimentes úlceras de estómago en su honor...

Colgó y Myrna dijo:

—¿Qué es eso de que te vas a ir, cariño?

—Mi hermano parece estar en apuros, ángel.

—¿Piensas ir a la fábrica?

—Claro.

—Iré contigo. Hace meses que no salgo de la ciudad.

—Está bien, pero habrás de ponerte algo un poco más... ¿discreto?

Ella se miró de arriba abajo. Se echó a reír.

—Te apuesto a que ningún obrero de la fábrica protestaría por verme desnuda...

—Estás volviéndote una ninfomaníaca.

Media hora más tarde dejaban atrás la ciudad.

* * *

Al descender del coche, los dos miraron con asombro el maravilloso panorama de bosques y montes. Como en todas las ocasiones anteriores que había estado allí, Lorraine experimentó la

misma sensación de plenitud al contacto con la naturaleza casi virgen.

Casi solamente, porque la inmensa complejidad de la papelera descomponía aquella belleza. Incluso el río que en otros tiempos fuera bucólico y cantarín era ahora más turbulento debido a la presa cuyo salto rugía a no mucha distancia.

Myrna comentó:

—Si no fuera por esa fábrica, Kin, éste podría ser un verdadero paraíso.

—Eso se llama progreso, ángel. Vamos, mi hermano debe andar por alguna parte de este manicomio. Se siente el rey desde que tomó la dirección.

—Pero tú eras el mayor de los hermanos, ¿por qué renunciaste a...?

—Olvídalo, no estamos en la Edad Media. A mí me gustó siempre otra clase de trabajo. Desde los tiempos de mi abuelo, que fundó la industria papelera, creo que alguien de la familia siempre odió ese negocio. Mi padre se sometió a él y nunca fue feliz. Y ahora parece que mi hermano tampoco se siente ya tan dichoso como al principio.

Encontraron a John Lorraine solo en un gran despacho rebosante de papeles. Era un hombre que rondaba los veintisiete años, pero cuyo rostro mostraba una madurez que no se alcanza a esa edad a menos de estar uno sometido a unas tensiones muy superiores a su capacidad de adaptación.

—Te agradezco que hayas venido —gruñó estrechando la mano de su hermano—. Pero te aseguro que éste es un asunto grave... Preferiría tratarlo a solas contigo.

Kin se echó a reír.

—Myrna puede oír todo lo que quieras hablar. Después de todo, vas a ser su cuñado el día menos pensado.

Johnny se sobresaltó.

—Entonces, es serio...

—Bueno, estamos considerando seriamente la idea —dijo Myrna, sonriendo.

Cuando hubieron tomado asiento, Kin dijo:

—Tienes mala cara, Johnny. Pareces mucho más viejo que yo... y te aseguro que he vivido unos meses infernales. ¿Qué es lo que ocurre contigo?

—Bueno, se acumulan los problemas. Hubo huelgas, ya sabes. Luego tuvimos problemas con algunas máquinas nuevas, y la planta depuradora tampoco responde... pero eso son minucias, Kin.

—Entonces pasemos a lo grande. ¿De qué se trata?

--Recibí una llamada telefónica. Un tipo con voz ronca, opaca. Dijo que había averiguado que yo apenas si había cumplido veintisiete años y que ésa era una edad temprana para morir. Que lo pensara detenidamente. Luego colgó.

—Cuernos, hay tipos con un podrido sentido del humor, ya sabes.

—No era una broma, Kin.

—Estas cosas no ocurren hoy día, muchacho. Además, la gente no anda amenazando sin un buen motivo. ¿Qué motivo puede tener alguien contra ti, te has metido en líos con mujeres o qué?

—Ya me conoces.

—Seguro.

—El motivo sólo puede ser la industria, Kin.

—No lo entiendo.

—He recibido ofertas para que venda.

—¿Vender la papelera?

—Así es.

—Mira, muchacho; los negocios no se hacen así. Amenazando para que vendan una industria en pleno rendimiento... Eso se acabó en los tiempos del Oeste. Piensa en otra cosa.

Johnny Lorraine sacudió la cabeza.

—Están interesados en comprar. Hice algunas averiguaciones y se trata de uno de esos consorcios que tienen intereses multinacionales... Al parecer pretenden adquirir el control del mayor número posible de papeleras. Sé que se han apoderado de industrias de papel incluso en Europa.

—¿Y tú piensas que te han amenazado para que vendas?

—No lo pienso... estoy seguro.

Kin gruñó un juramento entre dientes. Aquello sí le antojaba demasiado fantástico para que fuera real

—¿Quién te hizo la oferta de compra, Johnny? —preguntó.

—Un tipo llamado Kirpatrick. Es una especie de apoderado del consorcio.

—Veamos si la cosa tiene sentido. ¿Te ofreció un precio reventado?

—No... Su oferta fue justa. Mejor dicho, lo sería si yo pensara vender.

—Entonces la cosa no encaja. Si la amenaza tuviera relación con esa oferta...

—Ya sé lo que vas a decir, que tratarían de obtener el control de la papelera a un precio de estafa, Pero no es así.

—Bien, ¿qué piensas hacer?

—Tú tienes un paquete de acciones de la empresa Kin, por lo tanto posees el derecho a decidir juntamente conmigo y los otros dos socios... Mi mujer y Clarisia.

—Nuestra hermana aceptará lo que nosotros decidamos. En cuanto a Ilona ya no sé qué opinar. Eso debes saberlo mejor tú.

—Mi mujer detesta la fábrica.

—Ya veo. Mira, Johnny, yo no entiendo una maldita palabra de este negocio. Si crees que es una buena operación vender la papelera, cuenta con mi voto. Pero no la vendas a causa de la amenaza, sino por el negocio en sí. Es más, muchacho..., si la amenaza de que hablas fuera realmente una burda presión para que cedieras, en este caso no se venderá jamás.

Johnny cabeceó.

—Pensé que dirías eso, Kin. Pero, ¿cómo sabremos si es como yo imagino y el tipo que me amenazó está a sueldo del consorcio?

—Habrá que...

El timbre del teléfono le interrumpió. Johnny descolgó el auricular y masculló:

—Lorraine al habla.

Una expresión de asombro se pintó en su cara pálida. Hizo una seña apremiante y Kin se precipitó a su lado, pegando también la oreja al auricular. Johnny balbuceó:

—No entiendo... ¿Qué es lo que dijo?

La voz era realmente sorda, extraña.

—El otro día le advertí que pensara en lo desagradable que sería para usted morir tan joven, Lorraine. Bien, creo que puedo decirle algo más. Venda su industria y podrá disfrutar de la vida hasta su jubilación. No venda y es hombre muerto.

Sonó un chasquido y la comunicación se extinguió.

Johnny gruñó :

—¿Oíste eso, Kin?

—Seguro.

—Ahora parece que ya no hay duda.

—Ninguna, muchacho.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Dame la dirección de ese tal Kirpatrick, el apoderado del consorcio, o lo que quiera que sea.

El hermano consultó una agenda y anotó algo en un papel. Sonrió y dijo con evidente alivio:

—Sabía que podría contar contigo, Kin.

—Haré algunas gestiones por mi parte. Entretanto deberás adoptar algunas precauciones hasta que sepamos a qué atenernos. ¿Tienes una pistola?

—Un revólver... Lo compré el primer año que fuimos a pasar las vacaciones a la cabaña del lago.

—Llévalo encima. Volveré a verte tan pronto tenga algo concreto que comunicarte.

—Gracias, Kin. Sé lo que representa para ti esta extorsión en tus obligaciones. A propósito, te vimos en los reportajes de televisión... Hiciste un gran trabajo.

—No fui yo solo en todo caso... De momento, ocúpate de la fábrica como de costumbre y deja lo demás en mis manos.

—Te aseguro que el trabajo aquí no falta, especialmente con la maldita planta depuradora y con esas máquinas nuevas.

Se volvió hacia Myrna y le sonrió.

—Estaré orgulloso de que entres en la familia, Myrna, créeme. Únicamente que, conociendo a mi hermano, dudaba de que... Bueno, ya me entiendes.

—Claro que sí, Johnny. Lo que pasa es que yo le ato muy corto.

Se despidieron después de unos minutos más.

El sol de la tarde bruñía los montes arrancando destellos a las hojas de los arces.

Lorraine condujo velozmente por la pendiente. Myrna dijo, intrigada:

—¿Qué crees que se esconde detrás de esas amenazas a tu hermano?

—No lo sé, pero lo averiguaré y puedes jurar que alguien saldrá descalabrado.

—Parece algo absurdo que un consorcio tan importante se valga de esos métodos para conseguir sus fines. Y menos ofreciendo un precio justo, como dijo tu hermano. Si quisieran apoderarse del control de la papelera por la fuerza, su oferta sería más bien ridícula.

—Lo sabré... ¡Maldita sea! Y cuando lo averigüe tal vez los negocios de ese consorcio, o lo que sea, entrarán en barrena.

Ella suspiró.

—Después de estos días pasados, querido, era lo único que te faltaba.

Se arrebujó en el asiento y apoyando la cabeza en el hombro de Lorraine cerró los ojos.

El viaje hasta la ciudad se le antojó interminable, porque con el



coche a ochenta millas por hora no podía arriesgarse a besar al conductor…

CAPITULO V

Kirpatrick era un hombre rechoncho, de cara sonrosada, ojos de búho detrás de sus gruesas gafas y ademanes tan vivos y súbitos que recordaban los movimientos de un pájaro.

—No le comprendo, señor Lorraine —exclamó, estupefacto—. Incluso dudo de que hable usted en serio,

—Estoy repitiéndole las palabras del individuo que habló por teléfono. Dijo claramente que si mi hermano no vendía la papelera era hombre muerto. Y hasta ahora, sólo usted ha presentado una proposición de compra.

—Es absurdo... nosotros no hacemos esta clase de negocios... Si habló usted con su hermano sabrá que nuestra oferta es realmente generosa.

—Dígame por qué quieren ustedes adquirir nuestra papelera.

Kirpatrick suspiró.

—Hay facetas en los negocios de las grandes corporaciones que no pueden ser hechas públicas. Pero le daré una de nuestras razones, Lorraine... Esta puede ser el precio del papel.

—Más claro si no le importa.

—Usted no ha calculado la ingente, la monstruosa cantidad de papel que se consume en el mundo, sobre todo en los países desarrollados. Bien, el precio del papel ha subido últimamente, pero sólo sectorialmente. Nosotros pretendemos controlar el mayor número posible de industrias papeleras para fijar los precios a escala mundial. No pretendemos una inflación artificial compréndalo, sino un beneficio, digamos, más saneado más a cubierto de probables oscilaciones. Unos centavos más por tonelada, tratándose de millones y millones de toneladas, serán suficientes.

—Ya veo.

—Esa es una de nuestras razones.

—Por esa cantidad de millones de que está hablando, un hombre con pocos escrúpulos podría utilizar métodos poco ortodoxos para

alcanzar sus fines. Por ejemplo, esa amenaza a mi hermano.

Kirpatrick negó rotundamente con un gesto.

—No hay nada de eso por nuestra parte, señor Lorraine. Mire, para disipar sus sospechas, que podrían perjudicarnos en gran manera, retiraré nuestra proposición. Será una lástima porque su papelera está bien organizada y nos sería de gran utilidad para el conjunto que estamos reuniendo. Pero lo dejaré en el olvido si eso le ha de convencer de que nosotros no tenemos nada que ver con esa absurda amenaza.

—Desde luego, usted no ignora que yo seguiré investigando este asunto a pesar de sus afirmaciones...

—Estoy seguro que lo hará.

—A mí no podrán asustarme como a mi hermano, señor Kirpatrick.

Este sonrió.

—No me cabe duda que usted es un hombre que sabe guardarse muy bien... Sin embargo, permítame un consejo, ¿sí?

—Adelante.

—Investigue otras motivaciones para la amenaza y la subsiguiente orden de vender. Los franceses, en sus misterios, suelen tener una frase muy curiosa... *cherchez la femme*. Yo le digo algo parecido: busque usted quien se beneficie.

Lorraine se quedó mirándole con el ceño fruncido, profundamente desconcertado. Tanto las palabras, como la voz y la actitud de Kirpatrick parecían sinceras...

Se levantó.

—No sé los planes de mi hermano respecto a su determinación final —dijo—, pero de cualquier modo no venderá hasta tanto no se disipen las sospechas que tenemos sobre ustedes, señor Kirpatrick.

—No puedo menos que comprenderlo. Le agradeceré que si descubre usted quién intenta extorsionar a su hermano para que venda me lo comunique.

Lorraine asintió, sombrío, y abandonó la oficina.

Cuando abrió la portezuela de su coche estaba sonando el

radioteléfono. Se deslizó detrás del volante y descolgando el aparato gruñó:

—¡Hable, aquí Lorraine!

—¿Coronel? Soy Alderman. Todo el mundo anda loco buscándole… Esta es una llamada de prioridad, señor.

—¿Qué sucede?

—Debe presentarse en el Centro inmediatamente.

—Muy bien.

Condujo velozmente y en todo el recorrido no volvió a pensar en Kirpatrick ni en el problema de la industria familiar. A juzgar por la apremiante voz de su ayudante Alderman, lo que fuere que ocurría en el Centro de Control Espacial debía ser muy grave para alterarlo de aquel modo.

Advirtió la excitación reinante tan pronto atravesó los controles hasta la inmensa sala de operaciones.

Allí, Tony Alderman salió a su encuentro tan excitado como una adolescente en su primera cita.

—Bueno, Tony, ¿de qué se trata?

—Una catástrofe, coronel.

—¿Catástrofe?

—En los laboratorios, señor. Los de Seguridad ya están allí.

Los laboratorios experimentales estaban ubicados en el segundo sótano. Lorraine salió del ascensor y tropezó con dos soldados del cuerpo de vigilancia. Hubo de identificarse ya que vestía de paisano.

Al cruzar el mamparo de acero encontró al profesor Burgess discutiendo con otro científico, ambos muy excitados.

Lorraine les espetó:

—¿Qué diablos ha sucedido, Burgess?

—Ah, es usted… Alguien ha destruido el laboratorio de química y el profesor Brook está muerto.

—¿Quiere decir que le mataron? ¿Quién destruyó el laboratorio?

—Nadie lo sabe todavía.

Les dejó y fue a dar un vistazo allí donde los expertos del Departamento de Seguridad estaban ya trabajando.

El gran laboratorio químico estaba materialmente hecho astillas. La destrucción era total, absoluta, como si entre aquellas paredes hubiera tenido lugar una pelea de elefantes salvajes y enloquecidos.

Todo estaba prácticamente triturado.

Los oficiales estaban reunidos en un extremo, en torno al cuerpo de un hombre vestido con el blanco atuendo de los científicos.

Lorraine se aproximó a ellos para comprobar que se trataba del cadáver del profesor Frank Brook, uno de los químicos más geniales del mundo.

Sintió un vivo escalofrío al mirarle la cara. Los ojos del muerto semejaban dos globos opacos y blancuzcos y todo el rostro estaba contraído con una monstruosa transformación, como si un dolor insufrible hubiera tensado y retorcido todos los músculos faciales.

Pero lo más espantoso eran aquellos globos neblinosos en que se habían convertido sus ojos.

En aquel instante, el doctor Morris se irguió. Parecía profundamente desconcertado.

—¿Qué fue lo que le mató? —preguntó uno de los oficiales.

—Lo ignoro. Nunca había visto nada semejante en toda mi vida profesional.

—Algo debe haberle matado de ese modo. Y alguien ha destruido el laboratorio, doctor. Eso no ha sido obra de fantasmas.

—Yo diría que el propio profesor Brook fue el causante de esta destrucción. Tiene las manos laceradas de cortes, desgarrones y hematomas. Además, hay partículas de cristal incrustadas en su piel, en sus ropas… En cuanto a las causas de su muerte no podré tener una opinión concreta hasta después de que practique la autopsia.

El médico se abrió paso entre los oficiales y científicos y abandonó el destrozado laboratorio.

El Jefe de Seguridad se llamaba Dove. Tocó el brazo de Lorraine y gruñó:

—Hola, coronel. ¿Qué le parece esto?

—La obra de un demente.

—Es lo primero que se me ha ocurrido. Oiga, he ordenado a todos los jefes de los distintos Departamentos que reúnan a su personal. Sólo los que estaban aquí en el momento de producirse los hechos. Quiero interrogarles a todos respecto a si han visto algo sospechoso, o alguien ajeno a sus respectivos Departamentos. Supongo que deben conocerse todos ellos poco más o menos.

—Usted conoce mejor que yo los controles que es preciso atravesar para entrar en el Centro. ¿Cree de veras que un extraño haya podido cruzarlos, impunemente, tanto para entrar como para salir después de su obra destructora?

Dove gruñó, furioso y desconcertado.

—Ya sé que parece imposible, pero por alguna parte hay que empezar. Ocúpese de que todo el personal a sus órdenes se reúna cuanto antes.

—De acuerdo, Dove, aunque no creo que eso sirva de nada.

Efectivamente, los largos y minuciosos interrogatorios no aportaron ninguna luz al extraño misterio. Era medianoche cuando el Jefe de Seguridad y sus hombres terminaron con el personal, y para entonces todos estaban excitados y nerviosos.

Muy preocupado, Lorraine se dirigió a su despacho. Apenas había entrado en él cuando llegó el profesor Burgess.

—Los de Seguridad se han retirado —dijo el científico con voz cansada—. ¿Qué opina de lo sucedido, Lorraine?

—Nada en absoluto. Es demasiado extraño para formarse una idea concreta.

Burgess encendió un cigarrillo con ademanes nerviosos.

—Esa manera horrible de morir el pobre Brook...

Lorraine le observó, intrigado.

—Usted no ha venido a llorar sobre mi hombro, Burgess. Para eso hubiera elegido a cualquier otro.

El científico sacudió la cabeza y sus ojos cansados centellearon detrás de sus gafas.

—Ahora no cuentan los sentimientos personales, Lorraine. Pero este suceso... Hábleme de las dificultades que tuvieron ustedes para controlar el Módulo durante el viaje de vuelta.

—No veo qué puede tener en común una cosa con otra.

—Yo tampoco. Le confieso que estoy dando palos de ciego.

—¿Y viene a decírmelo a mí?

—Usted es un pillo indecente, Lorraine —barbotó Burgess entre dientes—. Su éxito con las mujeres le envaneció, borrando su sentido de los valores...

—Cambie de disco.

—Para usted todas las mujeres son lo mismo, ¿no es cierto? Hubo de corromper hasta a la propia Myrna —se interrumpió un instante temeroso de que su voz le fallara. Luego añadió furioso—: ¿Cuánto tiempo tardará en cansarse de ella y sustituirla por otra?

—No lo sé, tal vez tarde un poco, ¿sabe, profesor? Voy a casarme con ella.

Burgess se quedó helado y una mirada de total desconcierto apareció en sus ojos.

—¿Casarse? —balbuceó.

—Eso dije.

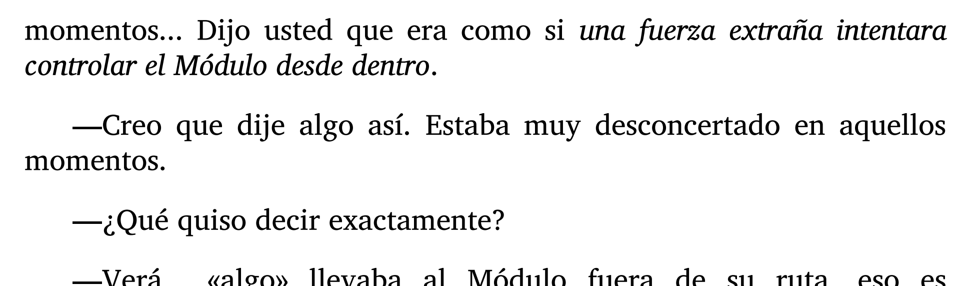
Lorraine se echó atrás en su sillón. Encendió un cigarrillo y casi sintió lástima de aquel hombre que había entregado todos los instantes de su vida, todas las energías de que era capaz a la ciencia. Cuando quiso sentirse humano otra vez, y vivir, y amar a la mujer que turbaba sus pensamientos se encontró con que era demasiado tarde porque otro se le había adelantado.

Burgess dejó pasar cierto tiempo hasta que pudo controlarse perfectamente.

—Dejemos los personalismos a un lado, Lorraine —dijo, ceñudo—. ¿Qué pasó en el vuelo de regreso?

—Imagino que vio usted las hojas de vuelo. Algo falló en el Módulo desviándolo de su camino. Nos vimos obligados a gastar combustible adicional hasta el límite de lo posible.

—He oído repetir una frase que usted pronunció en aquellos



momentos... Dijo usted que era como si *una fuerza extraña intentara controlar el Módulo desde dentro*.

—Creo que dije algo así. Estaba muy desconcertado en aquellos momentos.

—¿Qué quiso decir exactamente?

—Verá... «algo» llevaba al Módulo fuera de su ruta, eso es incuestionable. Se comprobó que no sé trataba de ningún intento de sabotaje desde la Tierra. No se captó ningún impulso exterior que interfiriera nuestros propios sistemas de control del Módulo. Por eso dije aquello. Pero realmente pudieron suceder muchas cosas allá arriba.

—Supongamos por un momento que usted estuviera en lo cierto, Lorraine.

—Temo que no le comprendo.

—Imagine que una fuerza extraña intentó por un tiempo controlar el rumbo del Módulo...

—¿Qué clase de fuerza? Ya le digo que no hubo ninguna interferencia, y sólo otra Estación Espacial desde la tierra, dotada de los medios necesarios, pudo haber realizado un intento semejante.

—Estoy pidiéndole un esfuerzo a su imaginación, coronel, aunque dudo de que la tenga. Usted posee un cerebro rígido, y eso es malo para nuestro trabajo... Pero haga un esfuerzo, ¿sí?

—Los sarcasmos no le llevarán a ninguna parte.

—Imagine —dijo Burgess como si no le hubiese oído en absoluto —, que una fuerza extraña intentó controlar el Módulo *desde dentro*.

Lorraine sacudió la cabeza. Casi se echó a reír.

—Es un alarde de imaginación, profesor... pero imaginémoslo. Una fuerza que desconocemos viajando dentro del Módulo y luchando por controlar su rumbo. Bueno, ¿qué es lo que sigue?

Burgess se pasó la mano por la cara con gesto cansado.

—Los controles del Módulo actúan por impulsos radiomagnéticos —dijo—. Impulsos eléctricos en su base primaria... ¿Es o no cierto, coronel?

—Resulta una definición más bien rudimentaria, pero en principio

podemos aceptarla... con algunas reservas. ¿Y qué?

—El encefalógrafo acusa también los impulsos eléctricos del cerebro... los clasifica y hace que aparezcan en una hoja de papel reflejados en un gráfico.

Lorraine se irguió en el sillón. Arrugó el ceño y miró fijamente al científico.

—¿Pretende decir que los controles del Módulo actuaron como un encefalógrafo, obedeciendo impulsos eléctricos de un cerebro humano?

—Yo no pretendo decir nada, estamos hablando en hipótesis... trazando conjeturas simplemente. Pero quisiera que respondiera usted a una pregunta, Lorraine.

—Usted siempre tiene preguntas para formular. Adelante, suéltela.

—Los controles electrónicos del Módulo, ¿podrían ser accionados por impulsos mentales?

Lorraine casi se levantó de un brinco.

—Burgess, está usted desquiciado. Debe tratarse del cansancio y la tensión de todos estos meses...

—Eso no responde a mi pregunta. Si pueden ser accionados por impulsos electrónicos, ¿podrían serlo también por impulsos cerebrales? No ignora usted el poder de algunas mentes, coronel. Fenómenos que antes eran poco menos que milagros son explicados hoy día científicamente por medio de la parapsicología...

—Conozco la parapsicología. Y déjeme decirle una cosa, Burgess. Si piensa realmente que un parapsicòlogo, desde la Tierra, intentó controlar el Módulo cuando viajaba a varios millones de millas en el espacio, está usted rematadamente loco.

Burgess no se inmutó. Pareció hundirse más en la butaca, extrañamente quieto. El silencio se prolongó por espacio de casi diez minutos, hasta que Lorraine comenzó a sentir los nervios tirantes.

—Diga algo —gruñó—, pero que sea menos absurdo que lo anterior.

—Quisiera hacer un prueba con el Módulo, coronel.

—¿Qué? Pero hombre, está en «cuarentena», ya lo sabe usted.

Burgess miró su reloj. Como si hablara consigo mismo murmuró:

—Desde su Centro de Control, Lorraine, podemos observar el interior del Módulo mediante el circuito de televisión. ¿No es cierto?

—Naturalmente.

—No se mueva de aquí, por favor —Burgess se levantó súbitamente activo—. Espero a un visitante y voy a necesitarle a usted.

Salió como si le persiguieran.

Lorraine permaneció quieto varios minutos. Ahora estaba realmente preocupado por la estabilidad mental de Burgess. Quizá fuera buena idea solicitar que le sometieran a un examen psiquiátrico, porque si estaba realmente perturbado era un riesgo inmenso mantenerlo en su puesto de jefe supremo de la investigación científica del Centro…

Media hora más tarde su interfono zumbó. Lorraine pulsó un botón y se identificó distraídamente.

La voz de Burgess brotó metálica del aparato:

—Coronel, estamos esperándole en «Cuarentena».

Dio un salto, alarmado, y abandonó su despacho dándose a todos los demonios.

CAPITULO VI

El hombre que acompañaba al profesor Burgess era de corta estatura. Nada en él le hubiera hecho destacar entre una multitud.

Llevaba en la solapa el distintivo de «visitante», y estrechó la mano de Lorraine apenas sin fuerza.

Burgess dijo:

—Le presento al profesor Skelley, coronel. Me he tomado la libertad de pedir que nos dejasen solos aquí.

—¿Por qué?

—Si sucede algo fuera de lo común, quiero que quede entre nosotros.

—¿Qué diablos espera que suceda?

Burgess suspiró y sin replicar llevó al visitante hasta la mirilla de grueso cristal que había en la puerta de acero de la cámara neutra.

Por la mirilla podía verse el módulo marciano aislado dentro de aquella cámara.

Lorraine les oyó cuchichear unos instantes. Luego, los dos hombres retrocedieron.

—El señor Skelley se quedará aquí, Lorraine —dijo Burgess—, sentado en esta silla. Usted y yo iremos a su puesto de control.

—¿Para qué?

—No perdamos tiempo con preguntas y respuestas que no conducen a nada práctico.

El profesor salió apresuradamente y Lorraine no tuvo más remedio que seguirle. Se tranquilizó en parte al advertir que un oficial de Seguridad quedaba junto a la puerta de la estancia.

Burgess dijo cuando estuvieron ante el panel de instrumentos :

—Conecte la cámara interior del Módulo de modo que veamos el tablero de mandos.

—¿Qué mandos?

—Ignoro cómo lo llaman ustedes técnicamente. Me refiero a los indicadores de los instrumentos de a bordo, lo que sea que controla el rumbo.

Lorraine accionó algunos pulsadores y una batería de pequeños bulbos luminosos empezó a centellear. Hizo unos ajustes y en la pantalla que había sobre el panel apareció otro panel semejante en miniatura. También en ese segundo brillaban diminutos bulbos de distintos colores.

Burgess sacó un intercomunicador portátil del bolsillo. Acercándolo a su cara dijo:

—Habla Burgess. ¿Me oye, Skelley?

Una voz metálica surgió del aparato.

—Le oigo perfectamente, profesor.

—Bien, adelante, ya puede empezar. Recuerde las instrucciones que le di.

Desconectó el intercomunicador. Sus manos temblaban.

Lorraine gruñó :

—¿Y ahora qué?

—Skelley es uno de los mejores parapsicólogos del mundo. Va a intentar accionar los mandos del Módulo desde el exterior de la cámara de «cuarentena».

—Me preocupa usted, Burgess... debería examinarle un médico. ¿De veras piensa que su amigo...?

—Vigile esos mandos, o como sea que les llaman ustedes.

Lorraine desvió la mirada hacia la pantalla. Dijo:

—Voy a seguirle el juego sólo para que nunca pueda decir que no colaboré. Pero cuando esto termine me reservo el derecho de solicitar que sea usted internado en la Unidad Psiquiátrica del Centro para su examen, le guste o no.

—Muy bien... pero ahora dedíquese a este trabajo más inmediato.

Lorraine se encogió de hombros.

De pronto se enderezó en su asiento. Por poco no saltó de pie al ver cómo en la pantalla los bulbos indicadores del control del Módulo acusaban una súbita actividad.

—¿Qué ocurre? —susurró Burgess.

—¡Los instrumentos de vuelo están siendo accionados !

—Contrólelos usted desde aquí, coronel.

Lorraine realizó unos apresurados ajustes en su propio panel de mandos. La actividad de los indicadores luminosos de la nave acusó esta maniobra, pero casi al instante volvieron a acusar sin ninguna duda que estaban siendo manejados por alguna otra fuerza ajena a la suya.

—¿Y ahora, coronel, qué está sucediendo?

—Los instrumentos se mueven… sin la menor sensatez, pero se mueven. Si las órdenes que reciben llegaran a ellos en pleno vuelo, el Módulo daría saltos y no habría nadie capaz de enderezarlo, pero están actuando…

—Al margen de su control, coronel…

—Seguro.

—¡Skelley los acciona, Lorraine! Yo lo sabía, estaba convencido que podría hacerlo.

Lorraine miraba fascinado la pantalla. En su tablero oía el suave zumbido de la grabadora electrónica. Por lo demás todo era silencio.

Fascinado, Lorraine era incapaz de apartar la mirada de la pantalla. De vez en cuando realizaba apresurados ajustes en su panel de mandos, pero ahora subyugado por lo que estaba sucediendo.

Unos minutos más tarde, Burgess habló por el intercomunicador portátil.

—Es suficiente, Skelley, gracias. Le veré a usted posiblemente mañana en su estudio. Ahora, por favor, dígale al guardia que hay junto a la puerta que le acompañe a la salida.

Lorraine necesitó un cierto tiempo para reaccionar.

—Confieso que si no lo veo no lo hubiera creído nunca. Ese tipo es un fenómeno, Burgess.

—Nada de fenómeno. Es una ciencia, simplemente.

—De acuerdo. Sin embargo, para nuestro problema eso no cambia nada. Por mucha fuerza mental que Skelley posea, no admitiré jamás que pudiera llegar al Módulo si éste se encontrara a millones de millas de la tierra.

—Yo no dije nunca que pudiera hacerlo. Pero acabo de probar que una fuerza mental debidamente desarrollada puede poner en movimiento los instrumentos de a bordo.

—Pero no en vuelo le'repito.

—También... si el cerebro que irradiase esas órdenes estuviera a bordo del Módulo.

Lorraine, petrificado de estupor, fue incapaz de replicar durante casi un minuto.

Al fin dijo:

—Me temo que lo que intenta decir es aún peor de cuanto dijo hasta ahora ¿O habla en serio?

—Otra vez conjeturas. Lo cierto es que el Módulo estuvo a punto de perderse porque «algo» le obligó a variar de rumbo... «algo» que luchó por controlarlo y anular al mismo tiempo el control de este Centro.

—Ahora va a decirme que a bordo viajó un ser de otro mundo dotado de un cerebro excepcional.

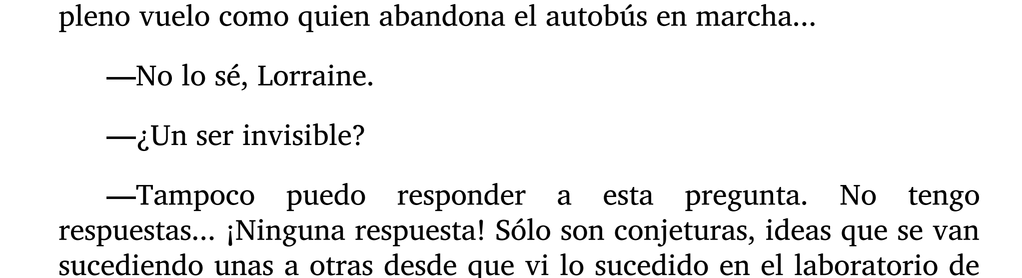
Burgess suspiró. Parecía al borde del agotamiento.

—Si se refiere a un ser como nosotros, o semejante a los humanos, me parece una solemne tontería, Lorraine. Pero en esos mundos del infinito espacio pueden existir millones de seres pensantes que no tienen que ser precisamente parecidos a los habitantes de nuestro planeta.

—Lo malo de este asunto, Burgess, es que habla usted en serio, convencido de lo que dice.

—Por supuesto que sí.

—Bueno, dígame una cosa entonces. Una sola y maldita cosa y me largaré a dormir. ¿Dónde estaba ese fenómeno dotado de un cerebro fantástico cuando el Módulo llegó a la Tierra? No pudo apearse en



pleno vuelo como quien abandona el autobús en marcha…

—No lo sé, Lorraine.

—¿Un ser invisible?

—Tampoco puedo responder a esta pregunta. No tengo respuestas… ¡Ninguna respuesta! Sólo son conjeturas, ideas que se van sucediendo unas a otras desde que vi lo sucedido en el laboratorio de Brook. Parece que no caben dudas de que fue él mismo quien lo destrozó antes de morir de ese modo espeluznante.

—¿Y por qué Brook precisamente? Esta es otra pregunta sin respuesta. Había muchos otros hombres en el Centro cuando eso sucedió.

—Pero sólo Brook estaba trabajando con unas partículas de polvo marciano, Lorraine. Era el primer experimento programado y él había iniciado los análisis de ese polvo.

—Ya veo… Su idea es que algo que contenía ese polvo le volvió loco de repente. ¿Es eso?

Burgess esbozó un gesto de desesperación.

—-No lo sé… ¡Maldita sea, no lo sé!

—Es difícil imaginarlo siquiera, ¿no cree? Si fuera cierto…

—Si fuera cierto, Lorraine, podríamos desencadenar una catástrofe mundial. Porque si ese polvo se desparramase en el aire, y si…

—Son demasiados «síes», Burgess. Y déjeme decirle que, cierto o no, me alegro infinitamente de que mi responsabilidad terminara al acabar el vuelo del Módulo. Lo malo para usted es que a partir de aquel momento la responsabilidad le corresponde por entero.

—Lo sé. Y por saberlo, el próximo experimento lo realizaré personalmente. Espero que cuanto hemos hablado aquí quede entre usted y yo, Lorraine.

Este asintió y vio cómo el profesor abandonaba la sala de control con la cabeza hundida entre los hombros. De repente, Burgess parecía haber envejecido cien años.

Lorraine aún permaneció unos minutos sentado allí, solo, sumergido en sombríos pensamientos. No creía que las teorías de Burgess pudieran tener algo de cierto, pero la extraña muerte del

químico que había iniciado el primer análisis del polvo marciano demandaba a gritos una explicación racional y por el momento no la había.

Tal vez la autopsia desvelara el misterio.

Al fin se levantó. Comprobó que todo estuviera en orden y abandonó la sala. Pasó los controles distraídamente, tomó su coche y partió deseando más que nunca encontrarse entre los brazos de Myrna, en aquel refugio donde no existía otra cosa más que el amor, el placer y la ternura.

CAPITULO VII

Myrna se revolvió entre las sábanas. El alba apenas se insinuaba a través de la ventana abierta por la que penetraba el perfumado aire del jardín.

Lorraine ladeó la cabeza y la miró. La muchacha runruneó suavemente al dar la vuelta. Su cabeza quedó junto a la de él y sus largos cabellos cosquillearon el cuello de Kin.

De pronto, Myrna abrió los ojos y su mirada tropezó con la de Lorraine.

—¿Te he despertado? —musitó.

—No.

—¿Es que no has dormido en toda la noche?

—Ni un minuto. Estoy desvelado. Burgess metió demasiados problemas en mi cerebro.

Ella suspiró. Se deslizó hasta que su cabeza descansó sobre el pecho de Lorraine y cerró los ojos.

—A veces pienso que deberías cambiar de trabajo —dijo con voz perezosa—. Todas estas tensiones acabarán contigo.

—Lo malo es que no sé hacer otra cosa.

—Eres un buen piloto. Cualquier compañía aérea te contrataría sin pensarlo dos veces.

El no replicó, y unos minutos después la muchacha se había dormido otra vez, con su cabellera desparramada sobre el poderoso torso del hombre.

La mente de Lorraine siguió girando en torno a aquel círculo vicioso que era el misterio de la muerte de Brook y la destrucción del laboratorio.

No llegó a conclusión alguna y cuando el sol penetró por la ventana decidió desentenderse del problema, que en realidad no le pertenecía, y tratar de dormir.

Tampoco eso consiguió, de modo que cuando, poco después, Myrna despertó, se encontró entre sus brazos y ésa resultó la única solución a su obsesivo problema.

Era casi al mediodía cuando ambos se sumergieron en la piscina. Y apenas unos minutos después el timbre del teléfono interrumpió sus juegos acuáticos devolviendo a Lorraine a una realidad de la que había querido escapar por unas horas.

Era el profesor Burgess, y su voz sonaba quebrada, como si el hombre estuviera a punto de llorar.

—Van a llamarle a usted, Lorraine, pero antes he pensado que debía hablarle yo debido a lo que estuvimos discutiendo anoche.

—¿Qué es lo que va mal?

—La autopsia.

—¿Qué?

—El mayor O'Hara ha convocado una reunión de todos los jefes del Centro debido a esto. La muerte de Brook se produjo porque algo abrasó su cerebro.

Lorraine dio un respingo.

—¿Qué condenada cosa está diciendo, Burgess, cómo pudo abrasarse el cerebro del químico?

—Eso nadie ha podido explicarlo hasta ahora. Por favor, Lorraine, no mencione para nada mis teorías de anoche. Por lo menos hasta que las haya madurado un poco más.

—De acuerdo, profesor. Pero su amigo Skelley... ¿Está seguro de que no hablará más de la cuenta?

—Confío en él.

Y colgó.

Lorraine fue a vestirse ante las protestas de la muchacha. Apenas se había enfundado los pantalones cuando hubo una nueva llamada, esta vez del mayor O'Hara, citándole inmediatamente.

* * *

Estaban todos allí, sombríos y preocupados. Los máximos responsables de los distintos Departamentos del Centro de Control

Espacial, escuchando a un desconcertado doctor Morris, que, como él mismo pregonaba…

—Científicamente, no me pidan ninguna explicación porque no la tengo. Ni creo que nadie pudiera aportarla en estos momentos, contando sólo con el resultado de la autopsia. Lo único cierto, incuestionable, es que la muerte del profesor Brook se produjo por quemaduras en el cerebro.

Hubo un estupefacto silencio.

De modo que el médico añadió:

—He pedido un examen minucioso del destruido laboratorio para buscar el medio por el cual pudo suceder ese increíble fenómeno, aunque no tengo la menor esperanza de descubrirlo…

—¿Por qué, doctor? —refunfuñó el mayor O'Hara.

—Piénsenlo con calma. ¿Cómo puede ser abrasado un cerebro humano dentro de la caja craneana? Sé lo que la mayoría pensarán… Una tremenda descarga eléctrica en la cabeza podría hacerlo. Bueno, pueden desechar esta idea de antemano. No hubo tal descarga eléctrica.

—¿Cómo puede afirmarlo tan rotundamente, doctor? —indagó Lorraine, perplejo.

—Si la hubiese habido, aparecerían señales en el cuero cabelludo, o la piel de la cara. Quemaduras también allí donde la descarga hubiera acertado antes de penetrar hasta el cerebro. Bueno, no es éste el caso. Ni el menor asomo de quemadura en la epidermis de la cara, ni del cuello, ni del cuero cabelludo. Ni un cabello chamuscado. «Sólo el cerebro.» Ahora, que alguien trate de explicarlo, porque yo soy incapaz de hacerlo.

Burgess carraspeó. Parecía aturdido y sus ojos semejaban más que nunca los de un búho.

—Veamos si he comprendido bien, doctor… Tal como usted describe los destrozos de ese cerebro, uno podría pensar que la descarga, o lo que fuera que lo abrasó, lo hizo «desde dentro del cráneo». ¿Es así más o menos?

—Bien, aparentemente, eso es lo que sucedió. Sólo que es imposible. No hay ninguna descarga eléctrica ni de ninguna otra clase que consiga llegar hasta el cerebro, quemándolo, sin que antes deje rastros de quemadura también en el exterior de la cabeza.

Hubo un murmullo de estupor.

Lorraine gruñó:

—Olvidemos por un momento la hipótesis de una descarga eléctrica. ¿Hay algún otro medio de quemar un cerebro humano sin que quede rastro alguno, como le sucedió al profesor Brook?

—Si lo hay yo lo ignoro —dijo el médico.

—¿Mayor?

Este miró a Lorraine. Sacudió la cabeza.

—No se me ocurre la menor idea.

Kin se volvió poco a poco hacia Burgess.

—¿Y usted, profesor?

—Tampoco se me ocurre una explicación racional.

Una pregunta parecía flotar en el aire sin que ninguno se atreviese a formularla, especialmente Lorraine, a causa de haber comprometido su palabra con Burgess.

Pero al fin, el propio mayor rezongó:

—Hay algo que es obligado preguntar, caballeros. Todos sabemos que el profesor Brook había iniciado el primero de los análisis del polvo marciano traído por el Módulo. ¿Alguien puede afirmar o negar que lo sucedido tiene alguna relación con dicho experimento, o lo que es lo mismo, con el polvo marciano?

Instintivamente, Lorraine miró a Burgess,

Y éste replicó:

—Precisamente porque, no podemos saberlo de antemano, me propongo realizar personalmente la misma operación de que se ocupaba el profesor Brook cuando murió.

Hubo una corta discusión. Algunos trataron de disuadir incluso al profesor, pero nadie pudo aportar ideas concretas sobre lo que debía hacerse o no con aquellas muestras marcianas.

El mayor dijo que convocaría incluso a los consejeros del presidente…

Eso fue todo.

Burgess, cabizbajo y profundamente preocupado, se dispuso á abandonar también la sala de conferencias. Sólo entonces descubrió que Lorraine continuaba sentado en su sitio.

—Creí que se habían marchado todos —murmuró.

—¿Cuándo piensa usted iniciar su experimento, Burgess?

—Esta noche. He de preparar un laboratorio para ello.

—Me pregunto si le importaría que yo asistiera como simple espectador...

—¿Usted?

—Sí, ya sé; sus sentimientos y los míos hacia usted. Personalmente, le detesto por lo que intentó hacer con Myrna, convirtiéndola poco menos que en una esclava de su ciencia. Y usted me detesta a mí porque la arranqué de sus manos y la devolví a la vida, le enseñé a vivir y la hice tan feliz como puede serlo una mujer. Pero eso no tiene nada que ver con mi admiración por su tenacidad, su ciencia y su valor.

—Ya veo...

—Además, si por una remota casualidad usted estuviera en lo cierto, necesitará ayuda antes de llegar al extremo de Brook. Y un testigo por añadidura.

—Si yo estoy en lo cierto, Lorraine, usted puede ser otra víctima de ese poder extraño, o radiación o lo que quiera que sea. ¿Ha pensado en eso?

—Le juro que no pienso acercarme al polvo marciano ni a punta de pistola.

—Muy bien, quizá después de todo eso sea nuestro mutuo destino... Nos veremos a las nueve en mi oficina.

Se fue rápidamente dejando a Lorraine todavía inquieto, pero resuelto a salir de dudas de una condenada vez. Le inquietaba profundamente que, si aquella extraña muerte procedía de Marte, su propia conciencia pudiera reprocharle algún día haber jugado tan importante papel para traerla a la Tierra.

El sol del exterior le deslumbró. Entonces, del acristalado cubículo del control, una voz le llamó.

—Una llamada para usted, coronel —dijo el guardián.

Pensó que sería Myrna, inquieta por su tardanza.

Pero fue una voz de hombre la que escuchó:

—¿Kin Lorraine, es usted?

—Sí —dijo.

—Aquí Kirpatrick.

—¿Y bien?

—Consulté con la dirección del consorcio el extraño asunto que usted me planteó. No les gustó, por supuesto, pero insistieron en que interesaba sobremanera la compra de la papelera Lorraine. Por supuesto, les dije el trato que habíamos hecho usted y yo respecto a renunciar a la compra para disipar sospechas.

—¿Y cuál fue la decisión?

—Pusieron en acción nuestro propio departamento de investigación, señor Lorraine. Son buenos profesionales, y según mis últimos informes han descubierto algo que quizá disipe sus dudas.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—Aún no, porque no son más que sospechas por el momento. Pero he pensado que debía saberlo. Además, si lo descubierto hasta ahora se confirmase y no hubiera pruebas, usted podría demandarnos judicialmente… y eso tampoco nos gustaría lo más mínimo.

—Entonces, ¿qué diablos significa su interés en llamarme si no está dispuesto a decir nada concreto?

—No se altere. Quería que supiera que estábamos trabajando en este asunto. Le prometo mantenerle informado, señor Lorraine, y espero que lo tenga usted en cuenta a la hora de la decisión final respecto a la venta de la papelera…

Kirpatrick se despidió bruscamente y colgó.

Pensativo, Lorraine se dirigió a su coche y partió. Entre unas cosas y otras, su cabeza amenazaba con estallarle a causa del revoltijo de ideas absurdas que le turbaban…

CAPITULO VIII

E1 laboratorio brillaba bajo las poderosas luces, y éstas arrancaban vivos reflejos a los delicados instrumentos, a las probetas, microscopios...

—¿Está seguro que es eso lo que quiere, profesor?

La pregunta de Lorraine hizo volver a Burgess.

—Estoy seguro de que es mi deber —dijo el científico—. Si el peligro está realmente en el manejo de ese polvo, no tengo derecho a pedir a ninguno de mis ayudantes que arriesgue su vida.

—Muy bien, yo me quedaré aquí, en la mesa. Si nota usted el menor síntoma extraño o inquietante, abandone lo que esté haciendo y avíseme. Le sacaré de aquí aunque sea a la fuerza.

—De acuerdo, Lorraine.

—¿Qué pruebas tenía que llevar a cabo el profesor Brook?

—Las más elementales para empezar. Averiguar la densidad y peso específico del polvo, grado de absorción de humedad, a fin de determinar, teóricamente, cuánta cantidad de agua pudo absorber el suelo marciano si es que alguna vez hubo agua sobre él... Desde luego, ignoro hasta dónde llegó, porque su libreta de apuntes apareció desmenuzada y apenas si contenía ninguna nota.

Lorraine encendió un cigarrillo. Sentado detrás de la mesa metálica, veía a Burgess de espaldas, a veinte pasos de distancia, mientras manipulaba unas probetas, mezclaba unos líquidos y preparaba, a su lado, una libreta de apuntes y un bolígrafo.

—Bien, veamos ahora ese polvo —murmuró el científico, tomando una diminuta cajita de plomo.

Llevaba unos guantes de goma y el pequeño estuche apenas se distinguía entre sus dedos.

Lorraine sintió que su pulso se aceleraba.

—¿Ahí está el polvo marciano? —preguntó.

—Una pequeñísima cantidad de él, apenas dos gramos... Para lo que me propongo es más que suficiente.

—¿Qué prueba se propone realizar primero?

—La de densidad. Y ahora, por favor, manténgase callado.

Lorraine expelió el humo furiosamente. Detestaba a aquel hombre por razones puramente personales y egoístas, pero incluso a su pesar le admiraba sin reservas por su genio científico y su tesón.

Le vio trabajar en silencio, obstinado, tomando febriles notas en su cuaderno, moviéndose con pequeños gestos precisos.

Cuando se dio cuenta había transcurrido casi una hora desde que empezara el experimento.

Burgess se echó atrás con un suspiro. Se pasó la mano por los ojos con gesto cansado, recostándose contra el respaldo de su asiento.

Lorraine musitó:

—¿Se encuentra usted bien, Burgess?

—Perfectamente. Es sólo un poco de cansancio.

Eligió un recipiente de entre los que tenía preparados. Volvió a enfrascarse en su trabajo y el tiempo transcurrió lento, enervante para Lorraine, silencioso espectador de aquel extraño ceremonial.

De pronto, Burgess hizo un brusco gesto y uno de los recipientes de cristal cayó al suelo haciéndose añicos. El científico se quedó inmóvil, rígido ante su mesa de trabajo.

Lorraine dijo:

—¿Algo va mal, Burgess?

No obtuvo respuesta. El profesor realizó otra anotación en su libreta. Luego se puso a escribir febril- mente y de repente cesó, como si ya no tuviera nada más que anotar.

—¡Profesor!

Lorraine se levantó. Burgess murmuró:

—¡Aldebor!

—¿Qué diablos es eso?

—¡Dios mío!

Se llevó las manos a la cabeza con un gesto atormentado. En dos saltos Lorraine llegó a su lado, le agarró del brazo y le obligó a girar.

Los ojos del profesor Burgess, detrás de sus gafas, estaban inmensamente abiertos y estáticos, como si vieran una visión irreal, algo que no fuera de este mundo.

—¡Burgess! —rugió Lorraine.

El científico se soltó de un tirón. Cuando miró al coronel fue como si de sus pupilas se desprendiera una helada ráfaga de muerte.

—¡Le sacaré de aquí! —gritó Kin.

Intentó sujetarle para llevarlo lejos de la mesa, del laboratorio.

—¡No! —rugió el profesor.

Lorraine no se anduvo por las ramas. Casi lo levantó en vilo apartándole de la mesa.

—¡Déjeme! Los veo... comprendo... sí, ahora comprendo... ¿No son «qué»...?

Junto a la puerta, Lorraine se vio zarandeado por el profesor y por poco no acabó estampado contra la pared metálica. Jamás hubiera imaginado que Burgess poseyera tamaña fuerza.

—*¿Tellusinos?* —barbotó Burgess—. No entiendo... ¿Qué significa...?

—¡Burgess!

Este se volvió hacia él. Todo su aspecto era aterrador, porque su rostro estaba crispado y sus ojos semejaban dos cuentas de vidrio chispeantes. Volteó el brazo y el golpe tiró a Lorraine dando tumbos hasta la mitad de la estancia.

Kin se levantó aturdido y asustado. Vio al profesor que regresaba hacia la mesa y le cerró el paso.

—Lo siento, Burgess...

Lanzó un trallazo con la derecha, de abajo arriba. El puño, sólido como una roca, cazó al profesor en el mentón y lo tiró al aire. Cuando cayó estaba sin conocimiento.

Lorraine se acarició los nudillos. Le dolían como el infierno.

Se aproximó a la mesa. Había una probeta con un líquido incoloro, tal vez agua, pensó. En el fondo, dos diminutas motas de polvo parecían haberse agrandado al absorber el agua.

Volvió al lado del desvanecido Burgess. Continuaba inconsciente, pero sus ojos muy abiertos parecían vivir por su cuenta, como si fuera lo único de todo aquel cuerpo que estuviera consciente y lleno de vitalidad.

Y de pronto aquello sucedió.

Primero fue como si oyera una voz extraña, lejana e incomprensible que procediera del interior de su propio cerebro. La voz modulaba unos sonidos increíbles, como él no había escuchado jamás.

Se quedó muy quieto, concentrándose en sacarse aquella sensación de la mente. Pero la extraña sensación creció hasta hacerse dolorosa, como un agudo pinchazo en las sienes.

Aunque captaba aquella voz increíble no comprendía lo que decía, si es que decía algo concreto.

Impresionado a su pesar gruñó entre dientes:

—¿Qué infiernos significa esto?

En algún lugar remoto de su mente, aquel sonido modulado tomó forma de pronto.

—«Aldebor» —entendió.

El dolor crecía por instantes.

Retrocedió a trompicones. Vio que Burgess comenzaba a rebullir. Le agarró tirando de él hacia la puerta.

La voz en su cerebro pareció gritar algo así como:

—«¡No… *tellusinos*… son *tellusinos*…!»

No se detuvo y consiguió sacar al profesor, que gemía con voz ahogada.

Miró atrás, al brillantemente iluminado laboratorio.

Su mirada cayó sobre el recipiente donde las dos motas de polvo

tenían el tamaño de pelotas de tenis y habían adquirido un iridiscente color grisáceo.

Las miró fascinado. Casi podía advertir a simple vista como aumentaban de tamaño, al tiempo que el líquido del recipiente disminuía. Ya no quedaba ni media pulgada en la probeta.

Fascinado vio cómo también ese último líquido era absorbido por aquella extraña materia.

Estaba tan absorto, tan estupefacto, que ni siquiera vio cómo Burgess se levantaba. El profesor estaba rígido como una tabla, y esa rigidez se puso más de manifiesto cuando se le aproximó por la espalda. Un instante después, sus manos enguantadas se cerraron en torno al cuello de Lorraine y apretaron con una fuerza colosal.

Kin se debatió ferozmente. Necesitaba librarse de aquel dogal o estaba perdido, porque sus pulmones estallaban por falta de aire...

Echó los brazos atrás agarrando a Burgess por los cabellos. Tiró echándose adelante al mismo tiempo y el profesor voló por encima de él y fue a estrellarse a gran distancia con un tremendo batacazo.

Jadeando, Lorraine tuvo que apoyarse en la pared.

Burgess se levantaba otra vez, rígido, con aquella terrible expresión estática en su cara crispada.

Entonces, nítidamente, su cerebro ordenó :

—«Destrúyelo... destrúyelo».

Se agazapó como una fiera pronta a saltar. Vio a Burgess que avanzaba hacia él con las manos tendidas semejantes a garras engarfiadas.

Notaba cómo todo él se convertía en un ser extraño, ajeno a sí mismo. Intentaba comprender qué debía hacer, pero lo que estaba haciendo ya no era él quien lo hacía. Cuando el profesor estaba a menos de tres pasos ya ni siquiera pensaba por sí mismo. Era otro ser en realidad el que se aprestaba a luchar, y su mente adquiría una relampagueante lucidez, y rememoraba imposibles imágenes y paisajes que nunca había visto...

Entonces Burgess le cayó encima y ambos se enzarzaron en una pelea despiadada. El profesor le atrapó otra vez por la garganta y ambos rodaron por el suelo. Le aplastaba con su peso y con su colosal fuerza sobrehumana.

Sentía cómo se ahogaba por instantes mientras aquellas imágenes demenciales continuaban en su cerebro más nítidas que nunca. Unas imágenes que jamás habían contemplado ojos humanos.

Estaba perdido y golpeó llevado por aquel poder que obraba al margen de su voluntad. Y aquello, fuera lo que fuese, estaba siendo derrotado por instantes.

Todo empezó a borrarse entonces de su mente, se volvió borroso y las delirantes imágenes se esfumaron.

Y de pronto volvió a razonar como antes, como siempre, como un ser humano, y la angustia de la muerte fue superior a la que experimentara segundos antes.

Por entre el velo que enturbiaba sus ojos veía el rostro crispado, babeante, de Burgess, aquellos ojos desorbitados que no tenían más que maldad…

Y de repente los ojos giraron en las órbitas hasta adquirir el blanco absoluto. Burgess rugió presa de una salvaje sacudida. Sus manos soltaron la presa para sujetarse el cráneo…

Retrocedió a trompicones y cayó. Volvió a levantarse dando vueltas sobre los pies, aullando presa de una agonía delirante.

Cuando Lorraine recobró el resuello vio cómo los ojos de Burgess se volvían opacos, como enturbiados por una niebla interna. Sonó un horrendo alarido y Burgess cayó entre espantosas convulsiones.

Lorraine consiguió levantarse. Pensó en huir de aquella pesadilla, pero entonces el científico se quedó muy quieto, hecho un ovillo. Se inclinó sobre él vacilando sobre las piernas.

Burgess estaba muerto, exactamente del mismo modo que el profesor Brook.

CAPITULO IX

Estaban reunidos una vez más en torno al mayor O'Hara, y a pesar de las largas discusiones no habían podido llegar a ninguna conclusión válida.

Hasta que Lorraine dijo:

—Es imprescindible enfocar la situación sin rodeos, caballeros. Es el polvo marciano lo que causa esa catástrofe. Yo fui testigo y casi víctima de lo sucedido. Vi la transformación de las moléculas de polvo, absorbiendo tanta cantidad de agua que vaciaron la probeta. Las dos moléculas aumentaron tanto de tamaño que superaron el de una pelota de tenis... y entonces empezaron los problemas.

—Por favor, coronel —gruñó el mayor—, no quiera hacernos creer que un simple polvo rojizo posee el poder necesario para destruir un hombre y un laboratorio.

—Ignoro qué es lo que hay en esa sustancia que hemos dado en llamar polvo. Mire, mayor, y créame porque estoy diciendo la verdad. Cuando surgieron las dificultades y traté de sacar al profesor Burgess del laboratorio, noté como «alguien» pensaba por mí... era como si dentro de mi mente se instalase otra inteligencia, dotada de raciocinio y de poder de evocación.

—Me temo que no está siendo muy .claro en su exposición, coronel...

—Verá... hubo unos instantes que esa inteligencia ajena a mí evocó unas imágenes delirantes, algo que yo no he contemplado nunca con mis propios ojos. Sin embargo, estaban en mi consciencia como si fueran el recuerdo de algo que yo hubiera visto en el pasado.

Uno de los técnicos quiso saber:

—¿Recuerda qué era lo que veía, coronel?

—Bueno, todo era muy confuso..., pero había unos paisajes de una vegetación selvática y húmeda y de unas formas y proporciones como no existen en la tierra. Todo se confundía como en un caleidoscopio, ya me entienden. Esos paisajes lujuriantes se entremezclaban con otros de una desolación infinita... como los que los módulos nos mostraron

de Marte, aunque con ligeras variantes en cuanto a configuración. Y luego estaban aquellos extraños seres.

Hubo un coro de exclamaciones incrédulas.

—¿Vio también marcianos? —preguntó alguien con una risita.

—No sé qué eran… lo curioso es que sólo los veía en relación con el paisaje selvático y húmedo. Eran unos seres de corta estatura, con una cabeza enorme en relación con el resto de su cuerpo. Eran extraños, pero no repulsivos, si saben lo que quiero decir.

—¿Eso es todo?

—No, aún hay más, mayor. Esa otra inteligencia que parecía aposentada en mi cerebro construyó algunos pensamientos que me pareció entender… Aldebor, fue uno de ellos. ¿A alguien le recuerda algo esa palabra?

Todos negaron. Ahora, algunos observaban a Lorraine con creciente desconfianza, como si dudasen de su cordura.

—Hubo otras de las que no estoy seguro —añadió—, pero lo que sí recuerdo bien es que algo dentro de mí me ordenaba destruir a Burgess…, sin embargo, fue él quien estuvo a punto de vencerme a mí. Y fue justamente cuando estaba siendo vencido cuando aquello que parecía haberse aposentado en mi cerebro se desvaneció, y volví a pensar por mí mismo. Justamente cuando sucedía eso, Burgess me soltó para llevarse las manos a la cabeza y murió de la forma que ustedes ya saben.

Hubo un silencio. Lorraine sabía a lo que se exponía poniendo en evidencia esas experiencias. Lo mínimo, que le tomaran por loco.

Uno de los físicos que asistían a la reunión dijo:

—Concretando, ¿qué es lo que usted piensa de todo ese extraño fenómeno, Lorraine?

—Le juro que he pasado horas enteras tratando de descifrarlo. Volví a examinar las dos moléculas de polvo marciano. Estaban en el mismo recipiente y éste no contenía ni una gota del agua con que Burgess lo había llenado. Todos ustedes pueden verlas si quieren. Son rojizas y han perdido el brillo iridiscente que tenían durante aquellos espantosos minutos, de crisis. Incluso parece como si estuvieran secándose solas.

—¿Y qué le sugiere ese fenómeno?

—Nada. Pero pienso si no estaremos equivocados y no se tratará de polvo de ninguna clase, sino de alguna especie de vida inteligente.

—Coronel, le aconsejo que se tome una temporada de descanso...

—No me estoy volviendo loco si es eso lo que pretende insinuar, mayor.

—Yo no dije eso.

—¿Por qué todo ser inteligente debe tener forzosamente una apariencia humana? Pueden existir criaturas pensantes, incluso más inteligentes que nosotros, sin que tengan la menor apariencia física con los terrestres. Dependería del medio en que hubieran de vivir... ¿Plantas, materias más sólidas acaso, alguien puede saberlo?'

—Aquí no podemos basarnos en elucubraciones, Lorraine, sino en hechos comprobados, incuestionables.

—Ustedes me han pedido mis impresiones por todo lo sucedido y se las he dado.

La discusión se hizo más viva y controvertida. Lorraine no esperaba que saliera ninguna luz de todo aquel mar de voces desconcertadas y no salió, de manera que cuando la sesión se levantó todos estaban como al principio.

El abandonó solo el complejo de edificios. Pasó los controles y encontró a Myrna esperándole en el coche.

—Conduce tú, linda, Estoy tan fatigado de discutir inútilmente que quisiera olvidarlo todo de una condenada vez.

Ella puso el coche en movimiento y sugirió:

—Cuéntamelo todo si eso ha de aliviarte.

—Tampoco sé qué podría contar que tuviera algún sentido..., pero estoy convencido de que ese polvo marciano contiene algo diabólico, algo tan poderoso que somos incapaces de comprenderlo con nuestras limitadas inteligencias.

—La tuya no tiene nada de limitada.

—Lo es. Tan limitada, que algo la zarandeó a su antojo, me obligó a actuar como si yo fuera otro hombre. Y cuando lo que fuera me abandonó, Burgess acabó de aquella manera espantosa. Y él también estaba actuando como si de repente se hubiese convertido en otro ser.

Espera un momento… eso puede tener algún sentido…

—¿Qué?

—Supongamos… supongámoslo tan sólo, que una inteligencia poderosa y versátil estuviera latente en esas moléculas de polvo cristalino. Seres pensantes reducidos a su mínima proporción… Si uno controla el cerebro de un ser humano puede obligar a que su víctima actúe a su antojo… es una tremenda energía aposentada en el cerebro… —No comprendo ni la mitad de lo que estás diciendo, pero continúa si eso te ayuda a pensar.

—Me ayuda, y mucho. Escucha, ángel… uno de esos hipotéticos seres inteligentes se aposenta en el cerebro de un hombre de nuestro planeta. Nuestro cerebro no es gran cosa en cuanto a poder, pero soporta esta… digamos invasión y es controlado violentamente. Recuerdo que sentí un terrible dolor en el cráneo cuando aquello empezó. Bien, supongamos que es así. Pero… ¿qué pasaría si fueran «dos» las fuerzas extrañas que se apoderasen de un cerebro terrícola? Piensa en eso… dos terribles fuentes de energía, una energía que los instrumentos del laboratorio automático acusaron como radiactividad. ¿No destruirían el cerebro que las alojara, no podrían «quemarlo», para decirlo de otro modo?

Myrna se estremeció. Miró de reojo a Lorraine, un tanto inquieta porque lo que escuchaba se le antojaba una delirante pesadilla.

Tras un silencio musitó:

—Según entiendo, Kin, tú piensas que cada molécula de ese polvo marciano puede contener una de esas fuerzas mentales, o lo que quiera que sean…

—Sí.

—¿Y cuánto polvo trajo el Módulo número Dos?

—Alrededor de un par de libras.

—Entonces… habría millares de esas «cosas»… tal vez millones…

—Pudiera ser.

—Sería espantoso.

El no replicó. Myrna maniobró para entrar en el paseo que conducía al garaje del bungalow y detuvo el coche ante la puerta basculante.

—Trata de no pensar en todo eso durante unas horas, querido —aconsejó, apeándose—. Tal vez después de un buen descanso veas las cosas con más objetividad.

—¿Quieres decir que ahora no soy objetivo?

—Puede que lo seas, pero el agotamiento no puede ayudarte a tener ideas claras.

—Es posible que tengas razón. Tal vez mañana vea las cosas de distinta forma.

Entraron en la casa y a partir de aquel momento Myrna se esforzó por librar al hombre que amaba de todo aquel cúmulo de preocupaciones y temores.

Puede decirse que lo consiguió plenamente.li.

CAPITULO X

—¿Está diciéndome que debemos destruir el polvo marciano, Lorraine? —estalló el mayor, levantándose de un salto.

—Lo que estoy intentando hacerle comprender es que si ese polvo, como hemos dado en llamarlo, contiene alguna clase de energía inteligente, puede provocar una catástrofe, mayor.

—Coronel Lorraine, no tomaré en consideración su propuesta ni le daré curso, y eso para evitar que sea apartado de su trabajo. Fero le ruego que si tiene otras ideas semejantes no las pregone si quiere que no le tomen por un demente. ¡Pero, hombre, si traer ese polvo a la tierra ha costado más de diez mil millones de dólares!

—Lo que me preocupa es que si con nuestro éxito hemos traído nuestra propia destrucción, mayor, nunca podré volver a mirarme a un espejo sin sentir asco de mí mismo.

Lorraine giró sobre sus pies y abandonó la oficina del jefe del Centro.

Se dirigió a su propio despacho y durante media hora intentó trabajar. No lo consiguió porque su mente tomaba insistentemente otros rumbos que le inquietaban.

Al fin se rindió. Encendió un cigarrillo y luchó por considerar la situación desde la misma óptica que todos los demás.

Poco después abandonó su despacho y advirtió a su ayudante al salir:

—Si hay alguna llamada estaré en el laboratorio del profesor Burgess.

—Muy bien, coronel.

El laboratorio estaba exactamente como quedara después de la tragedia. Lorraine se detuvo delante de la probeta donde aún reposaban las dos monstruosas moléculas de aquel extraño polvo. Se concentró en reafirmarse en sí mismo, autoconvenciéndose de que aquellas «cosas» no podían contener vida inteligente.

Estaban allí perfectamente inocuas. Entonces decidió arriesgarse.

Tomó un recipiente con agua y la vertió dentro de la probeta. Tras esto se apartó un poco, esperando.

Le pareció que de pronto adquirían otra vez aquel leve brillo distraído.

En el mismo momento zumbó el teléfono y lo descolgó con gesto distraído.

—Lorraine —dijo.

—¿Coronel? Una llamada para usted.

—¿Exterior?

—Así es.

Sonó un chasquido, y luego la voz de Myrna evidentemente alarmada.

—¡Kin! Acaban de decirme por teléfono que tu hermano ha sufrido un atentado… está herido.

—¡Condenación!

—No he acabado de entender muy bien, pero por lo visto alguien le disparó cuando salía de la fábrica…

—¿Sabes si vive?

—Sí, pero está muy grave. Tanto que no se han atrevido a trasladarlo.

—¿Quieres decir que aún está en la fábrica?

—Sí…

—Está bien. No sé cuándo te veré, Myrna.

Colgó. En aquel instante su mirada cayó sobre la probeta y sintió que todo su cuerpo era sacudido por un escalofrío.

Las dos moléculas de polvo tenían el doble de tamaño del que viera cuando echó el agua.

Retrocedió hacia la puerta. Los irisados brillos parecían chispear como gemas.

Y repentinamente se detuvo. Un agudo dolor pareció taladrarle el cerebro y su visión se nubló.

Intentó luchar con aquella sensación de derrota… se dijo una y otra vez que debía acudir junto a su hermano. Correr hacia la factoría, los bosques, el río; llegar cuanto antes por si Johnny estaba mal herido… no quería encontrarlo muerto. Tenía que ir, y pensar, y decidir por su cuenta. Ir hacia la fábrica… ir hacia el río… hacia el río… hacia la corriente de agua…

Echó a andar de pronto como un autómata. Fuera, el guardián le saludó distraído.

Atravesó una buena parte del complejo científico y descendió al tercer sótano. Allí, un guardián le cerró él paso.

—Lo siento, coronel… —empezó a decir.

Lorraine le descargó un tremendo golpe en un costado de la cabeza. El hombre se desplomó sin una queja.

El abrió una pesada puerta de acero y se encontró en el interior de lo que parecía una cámara frigorífica, sólo que la temperatura era la ambiental.

En unas vitrinas cerradas reposaban los trofeos de Marte. Pesadas cajas de plomo contenían el polvo y las rocas desmenuzadas.

Lorraine no se detuvo. Golpeó el cristal de la vitrina donde estaba el polvo marciano guardado en su recipiente de plomo y se apoderó de él.

Regresó a su despacho. El ayudante enarcó las cejas, extrañado por la inquietante actitud de su jefe. Cuando vio la arqueta en sus manos se levantó poco a poco.

—Coronel…

No pudo decir más. Lorraine le golpeó, y en sus golpes había una potencia como él no había poseído jamás.

Hizo un perfecto envoltorio ocultando la caja de plomo. Luego, salió y pasó uno tras otro los distintos controles. Cada guardián estaba habituado a verle entrar y salir a cualquier hora y apenas le prestaron atención.

El montó en su coche. El cerebro era para Lorraine una masa amorfa y sin actividad propia. Condujo a creciente velocidad, y de pronto estuvo pensando en las montañas, los bosques y el río… sobre todo el río…

* * *

Myrna llevó su pequeño coche deportivo hacia el aparcamiento cubierto que había a un lado de la entrada a las oficinas de la fábrica. Al apearse buscó con la mirada el coche de Kin Lorraine, pero no lo vio por ninguna parte.

Entró resueltamente. Una secretaria le cerró el paso en medio de la febril agitación del personal de oficinas.

—Busco a Kin Lorraine —dijo la muchacha.

—Aún no ha llegado. Todo el mundo está esperándole, señorita.

—¿Está segura que no está aquí todavía?

—Absolutamente. Puede esperarle en esa salita si lo desea.

—Gracias. ¿Cómo está el hermano de Kin?

—Muy mal. Hay dos médicos y unas enfermeras ahí dentro —señaló una puerta—. Van a operar aquí mismo. Dicen que tiene la bala alojada cerca del corazón, por eso no pueden trasladarle…

—Es terrible…

La secretaria tenía otras cosas que hacer y se apartó de ella.

Myrna volvió a la puerta y paseó la mirada por la amplia extensión de jardín que se extendía más allá del aparcamiento. Entonces descubrió la ambulancia que esperaba, pero no pudo ver el bien conocido coche de Kin.

Llegó otro coche y un hombre rechoncho y apresurado se apeó de él. Trotó hacia la entrada y se detuvo junto a Myrna.

—¿Es usted empleada aquí, señorita?

—Soy la prometida de Kin Lorraine.

—¿De veras? La felicito… ¿Está su prometido en la oficina?

—No ha llegado todavía. Yo también estoy esperándole.

—Me llamo Kirpatrick, ¿sabe? Tal vez haya oído hablar de mí.

—Kin dijo algo… Usted representa el consorcio que quiere comprar la papelera.

—Eso es.

Ella le miró con evidente sospecha.

—Ellos piensan que ustedes están detrás de la amenaza que recibió Johnny Lorraine. Y ahora le han pegado un tiro…

—Se equivocaron. Ahora podré demostrárselo. Tenemos al que disparó.

—¿Qué?

—Mire, no puedo hablar más de este asunto hasta que haya informado al señor Lorraine. ¿Cómo está el herido?

—Al parecer, gravísimo.

—Lástima…, pudo haberse evitado.

Ya no habló más; Se dedicó a pasear nerviosamente de un lado a otro del vestíbulo, fumando como una caldera a presión.

Casi diez minutos más tarde, Myrna suspiró al descubrir el coche de Kin a lo lejos.

—¡Ahí llega! —exclamó.

Kirpatrick se plantó a su lado.

—¿Es aquel coche?

—Sí…—Debe haberse equivocado, señorita… no viene hacia aquí.

Ciertamente, el coche se había desviado y ahora se alejaba en dirección al río. Myrna no podía entenderlo.

—¡Es el auto de Kin Lorraine! —dijo, inquieta—. No es posible que se vaya sin ver a su hermano.

—Quizá no se trata de Lorraine…

—¡Es él sin ninguna duda!

—¿Adónde conduce ese camino?

—Supongo que al río. Está en esa dirección.

Tras una vacilación, Kirpatrick gruñó:

—Lo lógico sería que si se trata de Lorraine corriera al lado de su hermano, porque no creo que vaya a darse un chapuzón en el río en estas circunstancias…

—Algo debe ocurrirle.

Myrna echó a correr hacia su coche. Con un grito excitado, Kirpatrick la siguió con su cuerpo rechoncho bamboleándose a cada paso, y cuando la muchacha abría la portezuela del coche él exclamó:

—¡Iré con usted si no le importa! Es urgente que hable con el señor Lorraine… muy urgente.

Apenas se había instalado en el asiento, el auto deportivo rugió y pareció saltar hacia adelante como una bala.

Kirpatrick empezó a arrepentirse de no haber empleado su propio coche…

CAPITULO XI

Kin Lorraine se apeó junto a la corriente de agua. Tomó el recipiente de plomo y abriéndolo miró el rojizo polvo cristalizado que contenía.

Todo su cuerpo estaba rígido, hierático. Los movimientos semejaban los de un robot.

Avanzó hasta que sus pies se hundieron en el agua. Oía a lo lejos el rumor sordo de la presa.

Miró por última vez el contenido de la caja de plomo. Luego, con un gesto brusco, la vació sobre el agua.

El polvo pareció flotar unos instantes, arremolinándose con la corriente. Luego, bruscamente, se hundió.

Aún con los pies hundidos en el agua, Lorraine mantuvo la mirada perdida como si quisiera penetrar en las profundidades del río, allí donde estaba desarrollándose la increíble metamorfosis que podría convertir el mundo en un caos.

Al fin arrojó también la arqueta de plomo. Oyó vagamente el poderoso zumbido de un motor aproximándose y el dolor lacerante de su cabeza se agudizó.

Sintió que iba a morir, que la cabeza estaba a punto de estallarle. Se llevó las manos a los oídos. Un rugido salió de su boca desencajada y cayó de rodillas en el agua. Oyó un grito en alguna parte y después, con un largo quejido, cayó de bruces y se hundió en el río.

Myrna saltó del coche sin perder tiempo en abrir la portezuela y corrió como un gamo hacia el agua. Tras ella, Kirpatrick resopló tratando de seguirla.

La muchacha se lanzó al aire zambulléndose limpiamente allí donde Lorraine había desaparecido. Buceó furiosamente debatiéndose contra la corriente y al fin lo vio como se hundía poco, sin luchar, sin intentar siquiera volver a la superficie.

Con la desesperación de aquellos instantes críticos, Myrna consiguió atrapar a Lorraine por los cabellos y tiró hacia arriba. El no

se resistía, pero tampoco ponía nada de su parte por vivir...

Sintió que los pulmones le estallaban. Ella también pensó por unos momentos en abandonarse a la corriente, en dejarse mecer por las aguas... no podía resistir más... Lorraine pesaba como dos hombres allá abajo...

Notó que la visión se le nublaba. Sus dedos aflojaron la presa y los cabellos escaparon de entre sus dedos..

Subió como una flecha para respirar, jadeando. Vio fugazmente al obeso Kirpatrick en la orilla. Le oyó gritar, pero ya estaba zambulléndose otra vez hasta donde Kin parecía flotar sumergido e inconsciente.

Le agarró otra vez con nuevas energías. Entonces descubrió a aquello y estuvo a punto de soltar a su amado y olvidarse incluso de ella misma.

Del lecho del río parecían surgir unas extrañas formas iridiscentes de contornos imprecisos, pero durante los breves instantes que estuvo mirando, las formas tomaron cuerpo y vio unos pequeños hombrecillos de cabeza enorme.

No podía creerlo. Se movían al principio perezosamente, como dejándose mecer por el agua mansa del fondo.

De pronto sintió un pánico demencial y braceó y pateó salvajemente llevándose a Lorraine hacia la superficie. Hubo un furioso chapoteo sobre ella... Luego, las torpes manos de Kirpatrick sujetaron también a Lorraine y la cosa fue mucho más fácil.

Tendieron al desvanecido Kin en la orilla. Kirpatrick, resoplando como una foca, chorreando, exclamó:

—¡Aún vive!

—¡Allá abajo...!

—¿No me oye? ¡Está vivo!

—Aquellos seres... monstruosos...

—¿De qué está hablando?

—Salían a millares... ¿No comprende?

—Ha perdido el juicio, muchacha.

Kirpatrick se inclinó sobre Lorraine para practicarle la respiración artificial. Sólo entonces Myrna pareció recobrar el sentido y con una exclamación de alarma abrió la boca del hombre que amaba y aplicándole la suya en los labios hizo lo que tenía que hacer: la respiración boca a boca.

Lorraine revivió al fin. Su poderosa constitución hizo el resto y en unos minutos parpadeó y trató de incorporarse sacudido por las náuseas.

Kirpatrick tiritaba.

—Quisiera saber qué diablos le hizo sumergirse si no sabe nadar —rezongó.

—Kin nada como un pez, señor.

—Entonces, ¿cómo estuvo a punto de ahogarse de es modo tan estúpido?

—No lo sé..., pero si usted hubiera visto lo que yo vi allá abajo...

—¿De qué está hablando?

—No sé lo que eran... quizá Kin pueda explicarlo cuando se recobre del todo... ¿Kin?

El la miró, aún aturdido y asustado.

—¿Qué pasó, qué lugar es éste, Myrna?

—El río... estamos junto a la fábrica.

—La fábrica... tenía que venir... ¡Dios, mi hermano!

Se incorporó de un salto, Myrna jadeó:

—¡Espera! Debes saber lo que vi en el fondo del río.

—Ya me lo contarás después. ¿Cómo se encuentra Johnny?

—Están operándole, creo. Escucha, Kin...

Inesperadamente se oyó una especie de colosal crujido. Los tres volvieron la cabeza sobresaltados río arriba, a tiempo de ver como de la orilla una blanca catarata de espuma se precipitaba a la corriente. La espuma burbujeaba impulsada por las turbinas de la planta depuradora de la factoría y en unos instantes cubrió el río como una sucia marea.

Kirpatrick bufó:

—¡Idiotas, están vertiendo los residuos de celulosa en la corriente…! ¿Qué infiernos les pasa con la depuradora, hombre?

—Ayúdame, Myrna… quiero estar junto a Johnny y las piernas no me sostienen…

—¿Por qué te tiraste al río, Kin?

—¿Que yo me tiré al río? No recuerdo… no sé…

—Eso va a costarles una sanción de quinientos mil dólares —resopló Kirpatrick, la mirada fija en aquel vertido de materias prohibidas.

Nadie le hizo caso. El río era ahora una masa sucia, envenenada.

—No sé lo que pasó —repitió Lorraine—. Lo único que recuerdo es el instante en que respiré de nuevo.

Ella titubeó. No sabía si hablarle de lo que había visto allá abajo o no. Decidió que no era ése el momento adecuado y pasando el brazo por la cintura de Kin dijo:

—Vamos, Johnny se alegrará si recobra el conocimiento y ve que estás junto a él.

Echaron a andar. Kirpatrick se quedó atrás, preocupado en su conciencia profesional por aquel tremendo vertido de aguas contaminadas al río.

—Deben tener problemas con la planta depuradora —rezongó—. Valientes ineptos… ¡Eh! ¿Qué es eso?

De pronto, entre la sucia espuma que se arremolinaba en la corriente, que giraba y se multiplicaba, empezaron a flotar unas extrañas formas iridiscentes…

Estupefacto, Kirpatrick se quedó mirando aquel fenómeno completamente desconcertado. Nunca había visto cosa igual. No podían ser peces. No existe ningún pez con esa cabezota, pensó. Pero… ¿qué diablos eran?

No cabía duda que fueran lo que fuesen estaban muertos. Los residuos venenosos de la factoría eliminaban toda forma de vida que existiera en el agua…

Pero no eran peces.

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que está pasando aquí? —barbotó en el colmo del desconcierto.

La corriente se llevó aquellas «cosas» muertas río abajo. Empezaron a hundirse y pronto les perdió de vista. .

—Si lo cuento no me creen —resopló Kirpatrick echando a andar hacia la factoría—. Estas cosas sólo me ocurren a mí.

No podía saber, ni él ni nadie, que el fallo de la planta depuradora de una papelera había librado a la humanidad de la más implacable amenaza de todos los tiempos...

* * *

El médico dijo:

—Vivirá, pero denle tiempo. Ha sufrido una operación muy delicada.

Kin suspiró.

—Hablaré ahora con la policía, señorita Harris.

La secretaria asintió. Kirpatrick soltó un taco y dijo :

—Espere un minuto. Hace una hora que intento decirle lo que sabemos respecto a este asunto.

—Mi hermano era más importante que todo lo demás. Espero que su explicación sea convincente, Kirpatrick..., muy convincente, o de lo contrario les hundiré.

—Era lo único que me faltaba. Estoy al borde de pillar una pulmonía por usted y es así como me lo agradece. Bueno, al diablo con eso. Tenemos al hombre que disparó contra su hermano.

—¿Qué? ¡Maldita sea, Kirpatrick! ¿Y no lo dice hasta ahora?

El hombre rechoncho se llevó las manos a la cabeza.

—¡Pero, hombre, si hace una hora que intento decírselo!

—Está bien, al grano... ¿Quién es?

—Se llama Flanagan, Bernard Flanagan. Este... su cuñada solía llamarle Berny.

—¿Mi cuñada, se refiere a Ilona?

—No tiene otra que yo sepa.

—No comprendo...

—Flanagan era el amante de su cuñada, señor Lorraine.

Kin se quedó helado. Le costó reaccionar con cordura.

—Kirpatrick, no trate de embrollar este asunto. Nadie en su sano juicio creerá jamás que se trata de un crimen pasional.

—Y no lo es, en absoluto. Al contrario. Es una trama casi perfecta. Nuestros investigadores se volvieron locos para desentrañarla, pero sin pruebas no podían echarle el guante a ese Flanagan. Cuando tuvieron esa prueba fue cuando disparó y entonces era demasiado tarde para evitar el daño.

—Si eso es cierto, resulta mucho más sucio que una simple infidelidad.

—Lo es, nadie va a discutir eso. Su cuñada y Flanagan decidieron que si se vendía la papelera podrían echarle mano al dinero en efectivo. Nadie puede patearse una fábrica, usted sabe. Cuando usted intervino se asustaron. Si su hermano no vendía... Bueno, fue entonces que decidieron acabar con él. Más fácil todavía, claro. La viuda heredaría la parte de la factoría correspondiente y todos contentos. Menos su hermano, claro.

—Tiene usted una forma de contarlo que da náuseas, Kirpatrick.

—Confieso que nunca fui un sentimental. Expongo unos hechos y eso es todo.

—¿Lo sabe la policía?

—A estas horas, seguro. Di instrucciones a nuestros investigadores para que les contaran la verdad y les entregasen a Flanagan junto con todas las pruebas.

—Han hecho ustedes un buen trabajo, Kirpatrick. Gracias.

—Espero que lo recuerde cuando se replantee la opción de compra.

—Habrán de esperar a que Johnny se recobre para eso.

—Desde luego. Y a propósito, ocúpese de que reparen la planta depuradora, ¿sabe? No queremos cargar con algunos millones adicionales en concepto de sanciones por el vertido de aguas

contaminadas al río.

—No me complique ahora con eso, Kirpatrick.

—Oiga, a propósito; mientras estaba junto al río vi una cosa muy rara. Deje que se lo explique y quizá usted…

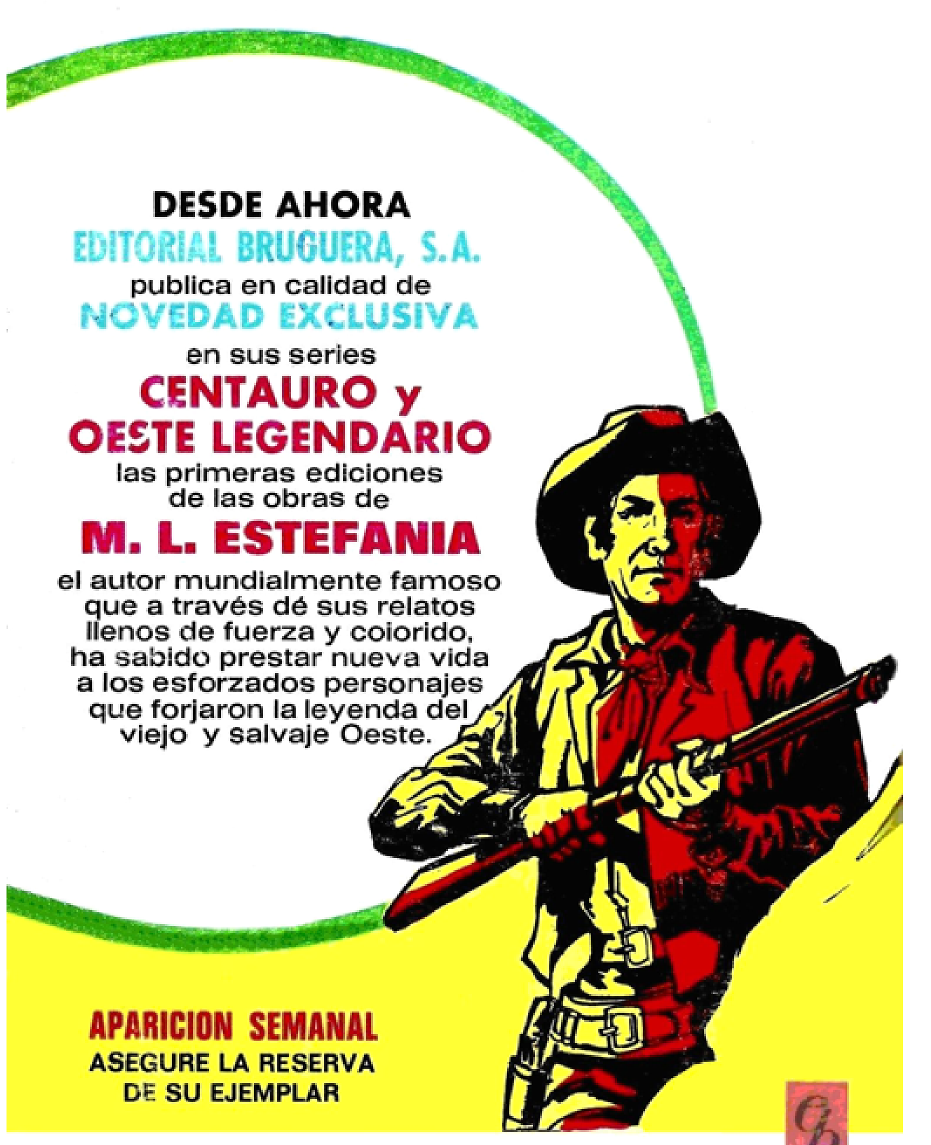
No le hicieron el menor caso. Defraudado, Kirpatrick vio cómo la pareja desaparecía en la estancia donde ahora reposaba el herido y se quedó con las ganas de contarle a alguien aquel extraño fenómeno que viera entre la sucia espuma contaminada.

Bueno, después de todo ¿quién le creería?

Ese pensamiento le consoló, sin embargo, hubiera querido saber qué eran aquellas «cosas», y cómo diablos pudieron aparecer en un río donde la endiablada contaminación de una papelera mal instalada había acabado con toda forma de vida…

Encogiéndose de hombros, se dirigió a su vez hacia donde estaba la policía. Kirpatrick no sabría nunca que había sido testigo de la extinción de una aterradora amenaza para el género humano…

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.